



Cliché Calderón

Fot. "La Información"

ANTONIO ZAMBRANA

Orador y juriconsulto cubano,
catedrático y periodista

NOTA

Tenemos la honra de ofrecer al público, reunidos en el presente Epítome, algunos estudios históricos y literarios del Doctor Antonio Zambrana, reservando para un opúsculo posterior¹ los jurídicos—que son también muy interesantes—y otros artículos más que no nos ha sido posible hallar ahora.²

No pretendemos hacer juicio de quien ayer no más recibíamos lecciones; valga este empeño simplemente como un homenaje al Maestro entusiasta y querido que supo inspirar á sus discípulos la noble afición á las letras.

Mario Sancho

Arturo Aguilar

Costa Rica, Julio de 1911.

¹ Hemos revisado para componer este Epítome, las siguientes publicaciones:

La Poesía de la Historia, (1 vol. Tip. Nacional, 1907). *Las Ideas de Estética, Literatura y Elocuencia*, (1 vol. Tip. Nacional, 1896) y *Estudios Jurídicos*, (1 vol. Tip. Nacional, 1907) del Doctor Antonio Zambrana; *El Libro de los Pobres*, (1 vol. Alsina, editor, 1910) de varios Autores; y los siguientes periódicos y revistas costarricenses: *El País*, *La Revista Nueva*, *Pandemonium*, *El Foro* y *El Heraldo*.

² Entonces publicaremos un estudio que sobre la personalidad y la obra del Doctor Zambrana nos tiene prometido nuestro notable jurisconsulto el señor don Cleto González Víquez.

COLECCIÓN ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna.

10 - 11

ANTONIO ZAMBRANA

EL SECRETO DE ORO

CONTENIDO

	<u>Páginas</u>
Nota	3
El secreto de oro	5
Goteando sobre la roca	9
Nindirí	12
María Antonieta	14
La fiesta del árbol	19
El festín de Baltazar	23
El santo de Asís	28
Mi Biblioteca	35
Colón	47
Sobre educación	52
El Quijote	59
La religión de lo bello	64
Renan	73
La mentira poética	78
La palabra	92
El desnudo en arte	93
In memoriam	95
Aegri Somnia	100

El secreto de oro

Algunas personas hablan mucho de las amarguras de la experiencia y de los desengaños de la vida; pero quien no se empeña en *engañarse* voluntariamente acerca de ella, no puede sufrir decepciones.

Lo principal es no apetecer cosas vanas: hermosas por fuera, pero llenas de cenizas, como las manzanas del *Mar Muerto*.

El más humilde de los hombres, salvo el caso de circunstancias excepcionales, puede ser muy dichoso con esta sola condición: cumplir los deberes que le tocan y mirar la vida con serenidad reflexiva, para no confundir los verdaderos tesoros que ella encierra con las nubes de vapor dorado que cruzan por su atmósfera y pasan y se disipan con tanta rapidez.

Quién sufrió decepciones de su madre? A quién engañó la esposa modesta, si la eligió entre las vecinas del hogar paterno, sencilla y pura, no casquivana y melindrosa? A quién trataron los hombres con dureza, si él fué honrado y bondadoso con ellos? Hacerse amar es muy fácil: basta ser amable con los otros, y ningún hombre á quien los otros aman puede ser infeliz de veras.

Ejercitar nuestro entendimiento en labores adecuadas á su índole, para que dé los frutos de que es capaz, es muy importante; pero mucho más precioso es ejercitar nuestro carácter, cultivar nuestras virtudes como plantas de alto valor, arrancar de continuo la cizaña que crece entre ellas, la yerba de la concupiscencia ¹ y del egoísmo, que las arruina con su vecindad.

Donde no hay amor todo es dolor, ha dicho un

¹ Los apetitos vulgares.

sabio. El amor á la patria, á la familia, á los amigos, á la humanidad entera son veneros¹ de una dicha que no tiene ocaso.

No hay que entregarse á apetitos locos. El hombre suele ser más desgraciado por lo que apetece sin motivo que por lo que no alcanza de lo que debe ser apetecido.

Es dable ser infeliz por dolores de la familia, por carecer de patria libre y honrada ó por las propias deficiencias; pero todo ello puede llevarse con resignación, si se trabaja empeñosamente por mejorarlo, y la mayor parte de los hombres que se quejan de la vida no lo hacen por pesares de esa clase, sino por otros ilusorios, causados por la carencia de algo que sólo por insensatez codician.

La fraternidad es la panacea² para todos los dolores de la vida social: el mundo lo reconoce hasta el punto de que no sólo los que lo adoran como Dios, sino los que lo miran simplemente como un hombre de genio, considerando á Jesús como el maestro de la fraternidad humana, lo tienen, por ello, como el más grande de los mortales. La cruz del Gólgota ha brillado por el espacio de muchos siglos sobre todas las grandezas de la vida. Ni el arte y la sabiduría de Atenas, ni las leyes y las guerras de Roma, ni el viaje prodigioso de Colón, ni el genio de los más grandes músicos y de los más grandes poetas, ni los más admirables descubrimientos de la ciencia, ni las más nobles hazañas de los héroes han oscurecido con su brillo la predicación de Galilea y el mártirio del Gólgota; el sacrificio de la propia ventura y la propia vida para el bien de los demás y por el amor de los hombres.

Lo más bello que parece que hacen los hombres es, sin duda, el arte: la música hermosa, la hermosa pintura, los hermosos discursos y los hermosos versos; pero no hay mármol, ni lienzo, ni poema que pueda compararse á una buena acción. Cada uno puede ser artista modelando y perfec-

1 Manantiales.

2 Remedio eficaz para muchas enfermedades.

cionando su propia vida, trabajándola, como con la inspiración de un gran poeta, como se trabaja con el bronce, como se trabaja con el pincel, como se trabaja con la palabra para hacer y decir lo que es hermoso, pero con menos hermosura que lo bueno.

Los hombres pasan mil angustias por aparecer ricos y poderosos, aunque no lo sean; y séanlo ó no de veras, los que aparecen como tales suelen excitar envidia y malevolencia, y la vanidad es, por otra parte, un hambre que nunca está del todo satisfecha. Más vale ser como un arroyo que se desliza mansamente sobre la yerba, cristalino y melodioso, con suave murmullo al chocar con las piedras, que un torrente que se despeña de lo alto arrastrando toda suerte de inmundicias en sus aguas.

Bello es el taller del artista cuando la gloria lo sombrea con sus palmas, brillante la tribuna en que se levanta el adalid de los patrios derechos, el gabinete en que el sabio inclina la cabeza pensadora en la tarea de su análisis luminoso; pero aun la cabaña pajiza en que el labrador honrado reposa entre su familia amante de la ruda labor, tiene poesía soberana para quien sepa apreciarla en lo que vale.

Como náufrago que mira la playa en que va á guarecerse del peligro, contempla á veces un humilde y sereno retiro el hombre que anda atareado en el tráfago de la vida cortesana entre ambiciones y codicias.

El género humano ha progresado grandemente en el curso de la Historia, acercándose cada día más á la consecución de la fraternidad, que es la clave de su dicha.

Ya no hay esclavitud para raza que por inferior se tenga, ni para pueblo que en la guerra se domine; ya la guerra no constituye la relación común y constante de los pueblos, ni la piratería es forma de su vida; ya la mujer no es una esclava del varón ni una parte del botín de la pelea; ya la del arado no es tarea de siervos, ni es vil la industria de las manos que en la batalla no consiste; ya no

se reparte la familia humana en patricios soberbios y plebeyos mansos; ya no hay gleba;¹ ya se hundió en los abismos del mar, como monstruo propio de sus oscuras profundidades, el barco de la *trata*; ya no se llama bárbaro al extranjero; ya no hay hogueras para el pensamiento que no se deja amarrar á la coyunda de una superstición, ni potro de tormento para el procesado que no quiere confesar la culpa que le imputan; ya no hay murallas entre pueblo y pueblo, ni fosos entre casa y casa, ni preocupaciones de casta entre grupo y grupo, ni odios de muerte entre idea é idea, ni miedos á la ciencia, ni prostitución para las artes, cortesanas de las tiranías, ni es bufón de palacio el ingenio. Las ideas vuelan libres, la palabra no se mancha, sino cuando quiere, en vil comercio de alquiler ó de venduta:² ya existe una sociedad universal de todos los hombres cultos, que por medio de los únicos esclavos de ahora—la electricidad y el vapor,—no sólo se visitan con frecuencia, sino que se mantienen en perenne consorcio, haciendo de sus laboratorios y de sus empeños uno solo para la conquista de todas las fuerzas, para el dominio de todos los recursos de la naturaleza. El pasado parece una noche pavorosa, y ya clarean el horizonte, ya rompen las nieblas á su paso, los fulgores del alba, la de un nuevo día de ideales altos sobre las cumbres de la vida, que en lo porvenir darán amparo y calor á la familia humana.

En lo porvenir, decimos: todavía hay obstáculos que vencer, todavía hay murallas que echar abajo; todavía hay semicastas y semiservidumbres, y suele desatarse y sembrar ruina y espanto entre los hombres el monstruo de la guerra. La justicia, la piedad y el sentido común harán su oficio. Venceremos los creyentes, al cabo. Los creyentes en la fraternidad, en las armonías del derecho, en la posibilidad de que los egoísmos, por racional pro-

¹ Según el antiguo derecho y el de la Edad Media, la *gleba* estaba constituida por la incorporación perpetua de los siervos á un dominio señorial. Con el suelo, se vendía al hombre que debía trabajarlo durante su vida.

² Subasta, remate.

greso, se concilien. Lo que se ha hecho para el servicio de la paz humana es mucho más de lo que resta por hacer. Lo que ahora divide verdaderamente á los hombres, por semicastas, por semi-servidumbres, por soberbias desmesuradas y por odios grandes es el oro: si los que no lo tienen, que son los más, que forman inmensa mayoría, llegan á entenderse, ya le pondrán coto al flamante despotismo, como lo pusieron á la aristocracia romana los plebeyos que en el Monte Aventino¹ buscaron su refugio.

Pero, no sería mejor que nobles inspiraciones de racional sociabilidad lo encontraran? Esa es la tarea de la generación que se levanta. Con dogmas, ó sin ellos, seamos prácticamente cristianos cuantos apetecemos que el sol de la dicha moral llene de resplandores sin eclipse los horizontes de la vida.

El Libro de los Pobres. p. 1.

Goteando sobre la roca

Empezaba la Revolución francesa, y empezó á sentirse en la Corte de Luis XVI, aunque en las *cortes* casi nunca entra la verdad sino disfrazada, el estremecimiento de su magnetismo, y tuvo el Rey el buen consejo de acabar con aquello en agraz,² y se dió la famosa *sesión regia*. Se fué el monarca, circuido de esplendores y de soldados al seno de la Asamblea y les dijo á los hombres lo que la Francia, sedienta de justicia, había enviado cer-

¹ Conmovido el pueblo por el espectáculo de las heridas y demacración de un plebeyo, que se escapa de la prisión de su acreedor y se presenta en la plaza pública, se retira al Monte Aventino, para demostrar á los orgullosos aristócratas que ellos no pueden prescindir de sus servicios. Convencidos de ello los patricios, enviaron una comisión á apaciguar á los plebeyos, para que retornaran á la ciudad; les perdonaron las deudas y se constituyó una nueva magistratura encargada de su protección: la de los *tribunos de la plebe* (A. ZAMBRANA: *Estudios Jurídicos*, p. 152).

² Antes de tiempo.

ca de su trono: «Ya he visto lo que Vds. quieren, —las pretensiones con que empezaron, que era poca cosa;— no sigan Vds. en la molestia de estas reuniones: queda todo acordado». Y así que se retiró el grupo de Palacio, se quedaron los representantes del pueblo mirándose los unos á los otros, como diciéndose con los ojos: ya no hay pretexto para seguir, cuando Mirabeau¹ que era de aquellos hombres soberanos de la palabra que la acuñan para moneda de la Historia, los sacó de su miedo y de sus vacilaciones con este soplo de volcán: «No aceptemos los *regalos* del despotismo.» La tribuna quedó en pié, y como quedó en pié, la Revolución se hizo.

Con la palabra, dice la Sagrada Escritura, que hizo Dios el mundo, y para hacer el mundo, no dice que dijo: *hágase la materia*, ó *hágase la fuerza*; sino: «*hágase la luz*», Eso hace la palabra que merece llamarse así por antonomasia²: la claridad vibrante, el resplandor perdurable, un fuego por encima del cual pasarían las aguas del océano sin lograr apagarlo.

Pues los predicadores del Evangelio, qué tenían en frente? Tenían en frente el Cesarismo, que representaba el egoísmo: un inmenso *yo* puesto de pie sobre la sociedad humana para atormentarla y humillarla. Nunca se dió el simbolismo histórico en cristalización más expresiva: el César, el Emperador, era el interés privado, la soberbia privada, el goce privado sobreponiéndose, é impidiendo su desarrollo por lo mismo, al cumplimiento de los destinos de la sociedad.

Y aquel egoísmo tenía cimientos de granito, que el mundo, esclavo entonces, no podía connover con sus lágrimas ni convulsiones de agonía; pero el *Sermón de la Montaña* los redujo á polvo y los aventó como cenizas.

Las fuerzas de alguna mentira,—las que han en-

¹ El más grande orador de la Revolución francesa (1749-1791.)

² Es decir, que valiéndose de un rodeo, la *palabra* podría llamarse también *hágase la luz*.

gendrado el egoísmo han sido á veces muy poderosas,—hacen relampaguear sus picas y sus armaduras y le dicen á la verdad humilde y desnuda, que se les acerca: «Cómo pretendes entrar en lucha con nosotras! estás demente? de qué armas vas á servirte para la pelea?» «Dejadme hablar»—contesta la verdad:—«es todo lo que necesito».

Hizo la palabra la caridad y el idealismo cristianos cuando la sensualidad y el egoísmo habían llegado al máximo de sus energías; fletó buques para descubrir la América cuando la superstición tenía por dogma¹ que nuestra Tierra era cuadrada; deshizo el feudalismo,² deshizo la monarquía absoluta, rompió la picota,³ rompió el potro de tormento, rompió la cadena de las razas esclavas, sacó de la servidumbre á la mujer, sacó á la ciencia del escondite en que se guarecía temblorosa; ha desmontado, piedra por piedra, ó á veces de un golpe, en conmoción súbita, los alcázares de la mentira y sus fortalezas formidables; ha bajado á los antros y ha subido á los empíreos; ha llenado el mundo, lo posee: nada es poderoso contra ella. Penetra hasta en los huesos de las iniquidades y los carcome; es un céfiro que se trueca fácilmente en vendaval. Qué es la pólvora? Un poco de polvo negro. Ponedla en las entrañas del granito, ya veréis como las desmenuza: la palabra mil veces mas poderosa que la pólvora, reduce á fragmentos todo cuanto se le opone.

Una de las cosas que importará más en la República que vamos á hacer, es la libertad de la palabra. Lo que hoy sucede con ella es humillante: el jefe de policía la cita á su despacho, y la sienta allí, para juzgarla, entre la mujer desvergonzada que arrojó su dignidad en la sentina,⁴ el ladronzuelo hábil de manos y el ebrio escandaloso, y después,

¹ Doctrina (religiosa, política, científica, social etc), que se tiene por indiscutible.

² La organización social y política de Europa en la Edad Media, basada en el dominio militar de los señores sobre las tierras, que prestaban á sus vasallos para cultivarlas á cambio de ciertos servicios, militares sobre todo.

³ La horca.

⁴ Sitio en donde los vicios abundan.

la manda á la cárcel, mezclada con ellos. No pareciendo todavía bastante, cuando á eso que se llama entre nosotros la Comisión permanente,¹ le mandan un recado de palacio, se amordaza la palabra. Y estamos en el siglo XX desde que el Verbo, es decir, la palabra de Dios, fue puesta sobre la cruz.

La República que vamos á fundar hará, sin duda, en esta materia, la legislación protectora que la palabra entre nosotros necesita.

El Foro, tomo V. Nº 3.

Nindirí

Él me había hablado del pueblecito, y con él tuve el gusto de verlo por vez primera, en viaje que hicimos juntos en un cómodo y ligero carruaje de Managua á Granada. Á Rubén Darío me refiero, el poeta laureado de Centro América.

A eso de las tres de la tarde divisamos las primeras chozas; el cielo estaba azul, alguna que otra nube, trasparente como velo de gasa, volaba por él, y de lo alto caía y por todas partes se derramaba, la luz color de oro quemado de un sol brillante pero ya muy soportable. Me pareció que estaba en Grecia: así debió ser la Jonia antigua, ó por lo menos, esa segunda Grecia, la Provenza de los tiempos medios. En calle sin polvo, recta y ancha, se alineaban las casas, hechas de corteza de palma y de bejucos, cada una de arquitectura diferente, á cual más graciosa y originalmente ideada, de formas caprichosas, como sueños de hombre que no ha visto civilización, pero que, sin conocer la de los otros, ha inventado él mismo su poesía, y se la saca del alma para ponerla en todo lo que le

¹ Existe en algunos países la costumbre de constituir durante el receso de las sesiones legislativas una *Comisión* que se llama *Permanente*, compuesta de algunos miembros del Poder Legislativo, para que resuelva los asuntos de carácter urgente. Esta *Comisión* ya no existe en Costa Rica.

rodea; alrededor de las casas había siempre flores, y por la espalda de ellas asomaba algún árbol, indicio de huerto, que con sus ramas de esmeralda oscura y sus frutos de colores vivos daba nuevas notas á la pintura ideal que formaba el paisaje. A la puerta ó en pequeños corredores delante de ella, ví algunas mujeres de la raza india de Nicaragua, que es la más bella que conozco; todas lucían, muy morenas, por estar vestidas de un blanco immaculado, y los cabellos muy negros y los ojos como llamas, tomaban con eso un relieve encantador. Admiróme su limpieza singular y el aire de fiesta que eso daba á la aldea, porque se trataba de un día de trabajo de la semana. «Qué hacen estas gentes?» pregunté con curiosidad á Rubén; «se diría que esperan alguna visita». «Venden flores y frutas», me contestó el poeta, «las llevan en cestos muy bizarros á todos los alrededores; ésta es su vida cotidiana». Pasaron, en efecto, á poco, por junto á nosotros dos mujeres y un jovencito con cestos tan extraños como las casas, llenos de colores y de aromas, conduciendo su mercancía: nunca hubiera calculado antes que el comercio pudiera tomar á mis ojos forma de poesía.

No era hora de oír pájaros: lo que se escuchaba era una cigarra; pero la influencia del medio ambiente, sin duda, me hizo encontrar bello su toque de clarín delgado y persistente: pensé en la cigarra de oro, símbolo del arte en el mediodía de Francia, y el canto sin ritmo, lejos de perturbarla, completó mi ilusión.

Soñaba yo entonces, por otra parte, que llevaba á mi lado la cigarra de nuestros bosques y de nuestra poesía americana, pues Rubén era ya un poeta aunque todavía no era un hombre, y su inspiración no había aún torcido su cauce, sino que era genuina y espontánea. Más tarde se dejó influir por ideales exóticos, y siguiéndolos ha llegado á la cumbre de la gloria; pero yo prefiero la cigarra desconocida, y ahora que temblamos á la idea de recibir una mala noticia, ¹ ha venido á mi mente,

¹ Estaba muy enfermo Darío.

con sincera ternura, el recuerdo del pueblecito original de las flores vivas, de las casas lindas y de las indias limpias que venden colores y perfumes de los que brotan, sin amaño, del seno fecundo de la naturaleza.

La Poesía de la Historia. p. 121.

Diciembre de 1894.

María Antonieta

Era, al casarse con el heredero de la corona de Francia, un tipo de princesa ideal: de belleza majestuosa, de gracia altiva, de hermosura espléndida, de aspecto olímpico, de hechizo soberano, de coquetería semejante á la que las diosas de la fábula griega empleaban al acercarse á los mortales, —teniendo y mostrando en todos sus actos la conciencia de ser de la *casa de Austria*, lo que debía valer mucho á sus ojos, y de ser de veras una mujer bella, lo que acaso valía más aún.

Para darse cuenta de si desempeñó bien ó mal el papel que le tocó en la Historia, es preciso apreciar por entero su situación. Era aquella princesa un símbolo, y como una expresión matemática, de cierto orden de ideas y de sentimientos con raíces seculares y con cuasi divino fundamento. Los reyes de entonces eran los ungidos del Señor Dios, encargados de irradiar la bondad, pero también la magnificencia divina, sobre la haz de la Tierra; que tenían por derecho propio la corona sobre la frente y la espada en la mano; lugartenientes de lo eterno; representantes de la suprema justicia y de la gracia excelsa; los dueños de las multitudes con celeste señorío; los encargados de hacer el orden en la sociedad á la manera como Dios lo hace en la naturaleza, teniendo á su alcance el verdugo y la mazmorra ¹ como el señor tiene á su alcance

¹ Prisión subterránea.

el vendaval y el rayo; con voluntad que no es el capricho de un simple mortal sino como una ley de la vida; con inteligencia que no es sólo la que alumbra á los demás, sino que tiene ó puede tener en ocasiones, irradiaciones de la luz infinita; seres cuyas virtudes son trasuntos¹ del cielo y cuyos errores y aun cuyos crímenes son desgracias comunes que deben aceptarse resignadamente y con la frente baja.

Esa doctrina que era la del común del clero, muy ignorante y corrompido entonces, no era en verdad la de la Iglesia. El *Angel de las Escuelas*, el atleta de Aquino,² había explicado que las leyes y los príncipes deben levantarse y existir de acuerdo con la voluntad general, y que su gobierno tiene por límite de su derecho el establecido por Jesucristo al pasar por la Tierra, Constitución por cierto, algo más firme y noble que todas las que este siglo ha inventado. Llegó un momento en que los hombres pensadores, sin variar esencialmente la fórmula del egregio Doctor, encontraron que la Iglesia accidental y pasajera no desempeñaba bien las funciones encargadas á la sublime del Cristo, creyeron que era urgente estatuir el Pontificado de la conciencia humana, el Doctorado de la razón; contemplaron un hacinamiento de miserias, un hervidero de dolores, un *pandemonium*³ de angustias, sobre los cuales los ungidos del Señor reían y junto á los cuales los ministros del Señor engordaban; santas indignaciones salieron entonces de su pecho tan fieras como las lavas de un volcán; oyóse entre los truenos y relámpagos de cataclismo nunca sospechado, una voz formidable que repetía con sentido nuevo el Sermón de la Montaña y que lo estampaba en los aires mezclado con los rugidos de aquellos profetas de Israel que se arrancaban los cabellos, se herían las carnes y comían excrementos para simbolizar las miserias de Sión. Los Reyes ciñeron la espada á su costado

¹ Copias.

² Tomás de Aquino, célebre teólogo, de la orden de los Dominicanos.

³ Un desordenado conjunto.

y levantaron en el aire los cetros con ademán amenazador; todos los soldados del privilegio, vestidos de hierro, acudieron en murados escuadrones á la cita sombría de una batalla más grande que la de los Titanes, y los dioses, y como los Pontífices derramarán su tiara¹ colmada de maldiciones sobre aquel pensamiento nuevo, arreció de golpe la tempestad, en vez de decrecer, y sonó con eco inmenso, que todavía se oye, esta frase enorme, precedida como del ruido de águilas numerosas é inmensas que agitan sus alas en la sombra: No hay Dios.

Cuando el poeta se inclina sobre el abismo á cuyo seno descienden yertas las naciones en el silencio del no ser, ve entre las nieblas crepusculares de la historia, sombras que habían de moverse irritadas en el momento solemne á que me refiero: caballeros los unos, de la cruz, que del árabe en la tostada arena, tremolaron su estandarte y en sangre de infieles tiñeron el pretal² de sus bridones; escudo y rayos los otros de la venerable Monarquía, el oriflama augusto los vió caer bajo sus pliegues esplendorosos, defendiendo el trono de sus reyes, dando cada día nuevo honor y nuevos lustres á sus blasones y dilatando, con empuje de semidioses, el suelo de la patria; vé los reyes santos, los obispos sin mancilla, los caballeros sin reproche, los sacerdotes mártires, los nobles con armadura de acero y alma de diamante, padres de los pueblos, ministros del honor, escuderos de la justicia, castellanas que eran ángeles de castidad y de caridad, monasterios en que el dolor dejaba de serlo, alumbrado por un rayo del cielo: ve las temeridades heroicas, las grandezas incommovibles, las gallardías insuperables, las magnificencias ideales; pero su mirada va más abajo y descubre entre abismos de cieno un torbellino de torpezas: la glotonería y la lascivia en el trono: los señores sin piedad y las señoras sin pudor, los pueblos sin pan y sin esperanza de justicia entregados al cri-

¹ Mitra.

² La correa que ciñe la montura al pecho de los caballos.

men por el despotismo; *el parque de los ciervos*,¹ en que las doncellas eran cazadas como bestias; la crápula en el convento, la simonía² en la Iglesia, la orgía en el castillo, la desvergüenza en el trono, el miedo en el cuartel y se aleja entristecido bendiciendo la tempestad que anuncia un nuevo día. Disculpa entonces, porque las comprende, las convulsiones revolucionarias; se apiada del hijo del Rey, educado en el vicio, y del hijo del pueblo, educado en la miseria; de la hija del Príncipe, corrompida por la molicie, y la hija del villano, prostituida por el hambre; ve la gran patria en el suelo, avergonzada por los propios, insultada por los extraños, y prefiriendo á los altares profanados, los altares sin Dios, alza con júbilo la vista y bate las palmas con estrépito al ver saltar á Mirabeau sobre las tablas de la tribuna para que se desmorone en ruinas el edificio del pasado por el arrebató de su sagrada indignación y bajo el imperio de su fulminante palabra.

Quién puede culpar á la pobre Reina inalumbrada porque no viera el aspecto divino de la catástrofe? Qué podían ser á sus ojos aquellos aristócratas que rompían sus propios blasones, aquellos clérigos que se desnudaban de su carácter sacerdotal, como si no fuera la mano de Dios la que lo hubiera impreso en ellos, sino tráfugas miserables? Qué podía haber para ella de noble y elevado en aquel populacho soez, ebrio, sucio, grotesco que venía á gritar junto á su palacio y al que veía huir á veces del acero de los soldados ó ser comprado por el oro de los palaciegos? La Revolución debía ser á sus ojos algo como una bestia inmundada, de contacto asqueroso y horrendo, y cuando sintió sobre sus hombros la zarpa del monstruo, la repugnancia y el asco tuvieron que disputar al terror la primacía en sus sentimientos de Princesa. Pocos destinos tan trágicos recuerda la Historia, y para ella no puede haber sino piedad en

1 Creado para servicios impuros por la Pompadour, querida de Luis XV, rey de Francia (1723-1774).

² El tráfico con las cosas sagradas.

su fallo definitivo. Vió asaltado su palacio, desconocida la autoridad de su rey, insultada la de su Dios; tuvo que ensayar la actitud del ruego,—ella,—acostumbrada á verlo de hinojos á sus plantas; vió todo lo que era á sus ojos sagrado, prostituído, todo lo que era miserable y vil, puesto en lo alto; debió experimentar esos espasmos de terrible sorpresa de que dan indicio los irracionales cuando la tierra tiembla y la ley de la gravedad parece suspendida. Arrojada á una mazmorra sombría, insultada por sus carceleros, calumniada como reina, como esposa y como madre, á sus propios oídos y sin defensa posible; privada de su esposo, privada de sus hijos, teniendo que remendar sus ropas, y sin medios de aseo; arrastrada por la larga calle de la Amargura de un proceso lleno de vergüenzas; viendo subir en torno suyo, con movimiento lento, pero inexorablemente ascendente, una ola de inmundicia en la que debía de tener la seguridad de ser en definitiva asfixiada; como náufrago agarrado á débil tabla en el vórtice¹ de tempestuoso piélago; sin servidores, sin auxilio, á veces sin pan y sin agua; ofendida en su majestad, ofendida en su decoro, ofendida en su pudor; sola,—ella con la costumbre de ser tan acompañada; sola, en la noche de su angustia, sintiendo venir en la oscuridad profunda, jauría de monstruos ávidos, y sin poder hacer otra cosa que extender sus manos desfallecidas para rechazarlos; agonizando largos días; insultada horas enteras; marchando al cadalso sin el auxilio de un sacerdote, que había tenido cuando ella era Reina el último de los villanos; al subir á la carreta infame, al enfrentarse con el patíbulo tremendo, al arrojar de soslayo una mirada trémula al cesto en que debía caer su cabeza,—todo sentimiento que no sea el de una piedad profunda desaparece en el pecho de quien la contemple en el anfiteatro de la Historia.

¹ Remolino.—*Pielago*, mar.

La fiesta del árbol ¹

Esta fiesta sencilla y hermosa, con la que inauguramos entre nosotros una costumbre por otros pueblos cultísimos seguida, es antes que todo muestra de sincera devoción por el trabajo, por la labor pacífica y honrada, por la colaboración del hombre y la naturaleza en la formación y desarrollo de cuanto es bello y bueno dentro de los dinteles de la vida, de la flor en que la luz rota en colores se derrama y de cuyo seno tiende sus alas el perfume, del fruto, rico en mieles que poetizan la vegetación de la existencia, ó almacenando fuerzas reparadoras para nuestra actividad que se fatiga, del hogar bendito en que la familia se funda y se asienta su grandeza, de la patria, de la civilización entera, que comenzó de veras sin duda el día en que el hombre oscuro de las edades primitivas, tras-humante² hasta entonces, rompió la tierra para depositar en ella la semilla en que estaba en germen la vida con hogar, la escuela, el templo, el capitolio,³ el libro lleno de ideas, la ciencia llena de grandezas. el arte lleno de resplandores; que sólo cuando hubo una tribu agrícola en el mundo, cesó el hombre de vagar por el planeta, se diseñó la ciudad en el horizonte; se esfumó en el pensamiento humano esta entidad maravillosa: la patria; tuvieron sus primeras piedras, invisibles, ya colocados la Biblioteca y el Museo, se hizo posible la escuela, la plástica amorosa, el matrimonio sacrosanto en vez de la Venus vagabunda. Oh árbol! primer testigo de la vida humana dignificada. con tus entrañas se hizo la primer casa sólida en que la

¹ Discurso pronunciado en *La Fiesta del Arbol* que los niños de San José celebraron en «La Sabana» el día 15 de mayo de 1901.

² Sin residencia fija.

³ Suntuoso edificio destinado á servicios públicos.

civilización comenzó su tarea, con tus ramas y tus verdes hojas, el primer agreste altar en que el hombre comenzó á levantar su pensamiento á lo infinito, en tí se grabaron las primeras palabras que el hombre comenzó á trazar sobre la tierra, sobre tu tronco hendido cruzó el primer nauta que puso por peldaño de su ambición y su curiosidad la cresta altiva del mar alborotado; tú, aguzado primero y luego endurecido por el fuego, diste su primer arma al débil contra el fuerte, y cuando todo pasa, cuando los alborozos y las tristezas de la vida se apagan en la muerte, entre tablas de tu seno salidas, sobre tabla de tu seno labrada dormimos el sueño reparador de todas las congojas y entramos en el universo de lo ideal ó en el universo de la nada, océanos igualmente inmensos que se confunden en un punto.

Esta fiesta es también la fiesta de la escuela. Y notáis lo que está en la escuela? En la escuela está la familia de mañana: la familia armada con el alfabeto, sin la nube de la superstición oscureciendo el hogar, sin la miseria de la ignorancia densa arruinando la vida, sin la herrumbre de la rutina carcomiendo los instrumentos del trabajo: la familia de mañana, con la mujer redimida de su servidumbre y sin perder su delicadeza sedosa y su piedad sublime, colaborando en las obras de la inteligencia, para impartirles, con el apostolado de su mansedumbre, eficacias hoy desconocidas, como si verdaderos ángeles, de los que la poesía sueña y la religión conoce pusieran la mano en nuestra civilización todavía ruda y fiera y quitaran los clavos que sujetan sus manos y sus pies á la cruz de la guerra permanente, de la guerra de nación á nación y de casa á casa, de grupo á grupo y de individuo á individuo, sustituyendo la agria disputa de los egoísmos con el concierto que trueca por la sinfonía de la fraternidad el desacorde clamoreo de las avideces desapoderadas; en la escuela está la patria de mañana, libre y señora de

sí misma, como hecha por ciudadanos que son todos soldados y soldados que son todos ciudadanos, con el Municipio consciente, con la industria avisada por la experiencia y por la ciencia, dotada de todos los ojos de Argos y de todos los brazos de Briareo;¹ con el traje de los humildes, pero con el cuerpo limpio; con los recursos de la naturaleza privilegiada de nuestro suelo, que ahora están sin tocar, puestos todos en ejercicio, como si el país fuera una máquina llena de resortes que se lanzaran de golpe en acordado movimiento, como si el país fuese, como debiera, una enorme colmena de la cual se escapara el zumbido del trabajo perenne, y en la cual se guardara la miel de la perenne faena; en la escuela está la sociedad de mañana, la verdaderamente cristiana, no por emblecos² de forma, sino por espíritu que vivifique, sociedad en la que no estaremos tan lejos como ahora vivimos los unos de los otros; sociedad en la que no ha de decirse que ya no hay más aristocracias que la del talento y la virtud, sino que no hay aristocracias, porque el talento y la virtud que sobren, han de emplearse tan de continuo y tan exclusivamente en alumbrar y mejorar á los demás, á los que de eso carezcan, que ya nadie sepa donde concluye su virtud ó su talento y donde empiezan los de sus conciudadanos, teniendo la patria una sola aureola en torno de las sienes, compuesta por toda la luz que den sus hijos; constelación de resplandores que vista de luz la bandera de Costa Rica y con luz trace la constitución de sus deberes y de sus derechos y marque con rayos de fulgores inapagables su sitio en el planeta.

Esta es, por lo mismo, la fiesta de una civilización nueva. La llamo nueva, y tiene, sin embargo diecinueve siglos! Qué importa! Dieci-

¹ *Argos*, fabuloso personaje á quien se representa con cien ojos. — *Briareo*, un gigante de cien brazos y cincuenta cabezas, hijo del Cielo y de la Tierra, según lo concibieron los antiguos.

² Engaños.

nueve siglos ha estado la humanidad viviendo bajo su luz inútilmente: quiero decir, sin que la luz le llegue al fondo de la conciencia, oh vosotros, los tristes por la humildad de vuestro origen! oh vosotros, los soberbios por los esplendores del vuestro!, nació junto á un pesebre quien sembró esa civilización, que es la única de veras importante que se ha sembrado hasta ahora en el planeta. Oh maestros! Oh padres! Oh conciudadanos! No pretendo levantar el velo que cubre el sagrado misterio de vuestras conciencias. No os pregunto qué crééis: vuestros dogmas no me interesan. Os invito sencillamente á que vivais como cristianos. Ah! si así cual esos niños,—que vienen aquí como catecúmenos¹ del progreso y el patriotismo,—depositan en la tierra las plantas que significan vigor y riqueza del mañana, levantamos todos, por el concurso de nuestros esfuerzos, algo como un semillero de inteligencias abiertas á las inspiraciones de la fraternidad, qué cosecha de luz! qué cosecha de grandeza y bienandanza habremos preparado al porvenir! Disputen las escuelas, combátanse mutuamente las sectas, miren unos para un punto y otros para otro punto del horizonte para sorprender el secreto de lo infinito: lo ideal está realmente al alcance de todos, y lo ideal es ser hermanos. Lo ideal es que no haya angustia sin alivio, hambre sin pan, sed de agua ó sed de justicia que no encuentre la fuente que apetece. El precio del café baja todos los años, la oferta del artículo crece, Costa Rica va á la miseria, dicen muchos. A la miseria, gente humilde y trabajadora, viviendo en el pedazo realmente más fecundo del planeta! No, si nos unimos, si el uno dice: aquí está mi brazo, y el otro dice: aquí está mi experiencia, y el otro dice: aquí está mi entendimiento, y en asociación de esfuerzos salimos al encuentro de las dificultades que nos amenazan, como grupo de fieras dispuestas á caer

¹ Principiantes en los estudios.

sobre el viandante que se aparta de sus compañeros y se arroja desmayado en el camino. No veis cómo se trae á los niños juntos á esta fiesta? A cantar juntos, á sembrar juntos, á tener una sola faena, y un solo empeño y una sola alegría para todos. Esa es la lección más grande de este día, lección de concordia, lección de cohesión, lección de fraternidad y de armonía. Retoños, semillas, débiles ramas se ponen en la siembra—mañana la raíz vivaz se clavará en la tierra, chupando ávida sus jugos maternos, mañana el tronco altivo, recio y robusto, se alzará luciendo su esplendor y lozanía, mañana tenderán las ramas su cúpula de esmeralda sobre nuestras cabezas. Del mismo modo podemos hacer la patria, del mismo modo podemos hacer la República, que aun no ha comenzado, del mismo modo podemos hacer la riqueza. Tomemos todos la lección que nos dan esos niños; tomemos todos la lección que nos dá este suceso; acerquemos nuestras manos y nuestros corazones y surja de la fiesta imponente y sencilla que ahora nos reúne, emoción de concordia, para preparar á Costa Rica porvenir de paz, de trabajo y de progreso, robusto y lozano como la vegetación que siembra la niñez en este día.

El País, 17 de mayo de 1901.

El festín de Baltazar

(Fantasía)

Para llegar al Palacio del Monarca, cruzó el Profeta una reja de oro que se perdía á lo lejos de vista en todas direcciones, como encerrando inmenso espacio, y halló, al trasponer la reja, un bosque lleno de colores, pero en el cual ninguna flor lucía: árboles, arbustos y hierbas de diversidad enorme se levantaban, llenos de hojas de variadísimos ma-

tices, por entre los cuales volaban, innúmeros y silenciosos, pájaros verdes, azules y rojos con collares de oro. De en medio de aquella selva extraña partía una suave escalinata de granito luciente, á veces negro y á veces carmesí, y por ella se llegaba á unos jardines suspendidos en lo alto, en que no se divisaban las hojas, ocultas por las flores de todos tamaños, formas y colores y de un aroma embriagador, y en medio de las flores, sin que se les viera, cantaban el ruiseñor y la calandria.

De trecho en trecho, y como apareciendo de súbito, surgían entre las flores, algunas de las cuales eran gigantescas, blancas estatuas de mármol y alabastro, en actitud indolente y graciosa, las unas como ninfas que van á emprender vuelo y las otras como bacantes¹ cansadas; junto á las flores, que en arena finísima parecían fijas, serpenteaba un verdadero laberinto de mosaico y refrescaban el perfumado ambiente mil juegos de agua, que brotando de duras piedras ó como cayendo de volcados cántaros de jaspe, de tal manera se erguían en el aire, que las gotas cristalinas eran como diamantes heridos por la luz, formando tornasoles refulgentes. Después de perderse dos ó tres veces en el dédalo² de mosaico, se llegaba á un palacio de mármol de todos los colores con siete torres negras, alrededor del que había una fila de guerreros de bronce con espadas de oro en las manos, y al cual daba acceso altísima puerta de labrados metales enteramente cubierta de geroglíficos. Traspasado el dintel, cruzábase largo vestíbulo de granito rojo, á lo largo del cual y junto á las paredes, se dilataba prodigiosa serie de quimeras y esfinges³ que ter-

¹ Eran las sacerdotisas de Baco, el dios del vino para los antiguos. Cuando celebraban los misterios del dios, corrían de aquí para allá, en danza furiosa, suelto el cabello, la cabeza coronada de hiedra, y en la mano una vara enramada, cubierta de hojas de parra y hiedra.

² Laberinto.

³ *Quimeras*, monstruos fabulosos. Según los imaginaron los persas, tenían cuerpo de león, patas de águila, cuernos de cabra, orejas de buey, pico, cola y manos de león, crin de caballo y alas. — *Esfinge*, fantasía que representa un león con cabeza humana, símbolo de la humanidad saliendo de la animalidad.

minaba en apariencia en muro de fortísima roca. Llegando al muro, por agencia de una mano invisible, abrióse éste y quedó convertido en trozos desiguales de inmensa estalactita, ¹ dejando en descubierto un salón lleno de luz y de ruido. Era un vasto anfiteatro techado por una bóveda de malquita, ² en el centro del cual estaba suspendida una lámpara que parecía un astro; el techo estaba sostenido por numerosas columnas de cristal de variadas y extrañísimas formas. Sobre el suelo había, como caídos ó arrojados con descuido, tapices diversos y grandes pieles de animales salvajes. En medio del salón aparecía una mesa cubierta con tela de oro, y sobre ella todos los componentes y accesorios de suntuoso festín. Veíanse sobre la mesa grupos artísticamente combinados de flores y de frutas; en macizas fuentes de oro, manjares variadísimos y en copas hechas como de aire tejido, vinos de extraños matices que numerosos esclavos semi-desnudos, de gran tamaño ó esclavas donosísimas, semi-desnudas también y coronadas de flores, vertían en ellas de urnas cinceladas y fragantes; en torno de la mesa, echados indolentemente en lechos ³ de marfil, vestidos de seda había muchos hombres jóvenes y bellos entregados á las delicias del festín. A lo largo del salón junto á las paredes, se extendía una fila de atléticos soldados que tenían en las manos escudos y relucientes picas, y en un extremo de él, con una pequeña mesa delante, en un trono de marfil y plata, estaba el Rey: cuatro hermosas estatuas mantenían sobre su cabeza un dosel ⁴ de púrpura, del cual pendían como festones de riquísimas perlas. A sus pies, echado en actitud perezosa, un gran león entornaba los ojos, dejando escapar de tiempo en tiempo de ellos, instantáneo relámpago.

El profeta, invisible para todos, se colocó cerca

¹ Construcciones calcáreas que penden del techo de algunas grutas; aumentan con el tiempo hasta formar racimos y conos de considerable magnitud.

² Una piedra tan dura como el mármol.

³ Camapés ó escaños.

⁴ Palio.

del Rey y observó cuanto pasaba. De repente, el ruido pareció detenerse, y la atención de todos, quedar fija en un punto. Habíase oído la música de argentina campana, y entró en el salón un grupo de mujeres. Una, á su frente, más alta que todas, y de imperial apostura, iba envuelta en un manto que la cubría del todo; detrás de ella marchaban con flotantes túnicas muchas otras bellísimas, ya rubias y blancas, ya de largas trenzas ó cabelleras sueltas, negras y profusas, todas cubiertas de flores y por sus cabellos más que por el traje. La que iba adelante, al llegar frente al Rey, dejó caer el manto de gasa, que la velaba, y apareció en todo el esplendor de su hermosura, tendido el cabello por la espalda en ondulantes rizos. Después de hacer una coqueta y casi desdeñosa reverencia, fué á colocarse á un sitio que á los pies del trono parecía para ella preparado, y el león, con los ojos bien abiertos y midiéndola con la mirada, vino á echarse junto á ella. Hundió sus dedos en las crines de la fiera, á la que miraba con sin par embeleso y que parecía ebria de placer al recibir su caricia y juntó las palmas sin ruido la gentil doncella, tímido nuevo aspecto la fiesta del banquete. Surgiendo de los muros que lo limitaban y del suelo del salón, flotó en el aire música como de arpas y de flautas, más un murmullo que un canto, pero de carácter intensamente voluptuoso. La leve, blanca vestidura de las mujeres flotaba como plumas y alas de paloma en torno suyo, y avanzaron danzando en grupos pintorescos y á compás ideal con la indecisa melodía; después se mezclaron como pétalos de rosa que el aire arremolina y dieron á sus movimientos, que la música acentuaba, un hechizo diabólico, sensual, lánguido, excitante y vaporoso, á la vez, como desmayo y delirio de una fiebre mortal. Las luces todas fueron debilitándose, como adormecidas, y llegó un momento en que la fiesta quedó hundida en las tinieblas. El profeta erecto, solitario, invisible, atravesando con su mirada las tinieblas, fué el único espectador vidente de aquella escena entre las sombras.

Media hora después, la luz se hizo y el Rey

apareció en su trono: los convidados ocuparon sus sitios; la música que no había cesado un instante, cambió su ritmo y se hizo de una languidez mayor, como de suspiros prolongados, y como si un muro nuevo la separase de los circunstantes y se oyera de lejos. Adelantóse un mancebo cerca del trono del Rey, seguido de un paje que llevaba una lira, y que después de preludivar en ella, la pasó al mancebo. Vestía éste una corta túnica de seda, tenía sandalias en los pies y ceñida la frente por una diadema de laurel, los extremos de la cual caían sobre sus hombros.

Levantó la voz el bardo, y acompañándose de la lira, á la que arrancaba dulcísimos acordes cantó el placer de la vida con seducción irresistible; habló de las armonías de la naturaleza, de la mañana sonriente, del mediodía cálido, de la noche misteriosa, de los perfumes embriagadores, del vino que hace correr por las venas su deliciosa lava, de la rosa en capullo, del canto del ruiseñor en la espesura, de la flor del amor cogida á media noche en el seno de un bosque bañado por la luna, de la juventud ardiente y la virilidad robusta disputándose la palma de la victoria en los combates del placer, de los arrebatos de la voluptuosa lucha y de su lánguido desmayo; y su acento subía y bajaba con ritmo que le daba nuevo hechizo, y los hombres al oírlo estaban estáticos y mudos, y las mujeres dejaban escapar sordos suspiros y se revolvían en sus lechos, como siguiendo involuntariamente el compás de la seductora melopea, y cuando hubo callado, se hizo por un momento un silencio hondo y luego sonaron aplausos atronadores que se prolongaron largo tiempo, y la cortesana que estaba á los pies del Rey vino junto al poeta y arregló el laurel de su frente, y lo besó en la boca, y el monarca sonrió satisfecho.

Entonces el profeta se hizo visible, y en medio del general asombro, se adelantó al lugar que había ocupado antes el vate. Una túnica negra, larga y estrecha lo vestía, cayendo sobre ella las ondas de su cabellera y de su barba, blancas como la nieve, y de sus ojos profundos é irritados partían

los rayos de una mirada ante la cual se inclinaron todas las frentes. «Ay de tí!»—dijo—«la mano abierta de un Dios clemente ha dejado de hacerte sombra!» Y su acento era como el murmullo de huracán lejano.

Habló el profeta de la vil sensualidad en que se agitaba aquella Corte, de su abuso de los dones de la vida; increpó al Rey por su molicie, al poeta por el envilecimiento de su inspiración, á las mujeres por la profanación de su hermosura; pintó la naturaleza dominada por el pensamiento, la materia avasallada por el espíritu, comparó los placeres ideales con los placeres de la carne; habló de un mediador entre el mundo y la muerte, y en el salón, por un momento sombrío, se dibujó una cruz hecha de suave claridad en el espacio; la voz del profeta por algunos instantes muda, volvió á tronar contra las impurezas de la hermosa ciudad y á predecir su suerte. La claridad lívida que precede los albores del amanecer entró en el salón, dándole un aspecto sepulcral, y al pronunciar el profeta sus últimas palabras, oyéronse los roncós gritos de los enemigos, que, como hambrientas fieras, venían sobre su presa; sobre la ciudad opulenta y soberbia cuyo nombre iba á ser borrado del libro de la vida....

La Poesía de la Historia, p. 59.

El santo de Asís

Asís¹ es tierra en que el naranjo florece, que el limonero perfuma, que el olivo sombrea, que corrientes aguas festonan con espumas blanquísimas ó con el azul profundo de sus reflejos esmaltan, y sobre la cual despliega el cielo claridades y nubes, resplandores y hermosuras que superan todos los sueños de la fantasía. Y en aquella tierra nació y creció Francisco rodeado de prodigios, de aparicio-

¹ En la Umbría, Italia.

nes misteriosas, de celestes mensajeros, de fenómenos naturales, nunca oídos, de avisos de lo alto, de vaticinios ¹ claros,—desde la cuna, desde antes de nacer más bien, marcado por el dedo de Dios para carrera más luminosa que la de la estrella de la mañana.

Su inocencia de niño no fué la ignorancia absoluta y común de la infancia; fué sólo la ignorancia del mal; era aquella una sombra que surcaban celestes resplandores. Los sacramentos de la Iglesia católica los veía como escalas que bajan de lo infinito de la misericordia divina á lo infinito de nuestra miseria. Oía la misa asistiendo palpitante de emoción al drama de la cruz que ella simboliza. Oraba levantando el vuelo del pensamiento hasta la región de lo inefable, estableciendo con ella la comunicación que la plegaria envuelve. Su fe perfecta era la base de una esperanza perenne, superior á todas las dichas de la Tierra, y de ambas se engendraba una caridad abrasadora que lo hacía amar, no sólo á sus amigos y á sus enemigos, sino á la bestia inmunda ó pequeñuela, á la flor del campo, á la naturaleza entera, que por obra de Dios tomaba á sus ojos color nuevo y sobrenatural hechizo. Viviendo en una época de vicios escandalosos, de discordias ardientes, de pasiones monstruosas, de contrastes horrendos entre la desventura y el lujo, se consagró á hacer fraternizar la soberbia y la envidia, pidiendo á la primera su oro y á la segunda su cólera, con humildad y fervor tales, que ablandaban todas las durezas, estableciendo entre un abismo y otro la vía de comunicación que es la gloria del Gólgota. La pasión de Cristo no se apartaba un instante de su pensamiento, hasta el punto de que las señales del martirio sublime acabaron por aparacer en su cuerpo, llevando en su carne las huellas de los clavos crueles que habían atravesado las manos y los pies del Redentor.

Lo ideal lo atraía, y la fiebre de la adolescencia y de las primeras horas de la juventud, el influjo del cielo de Italia, la atmósfera de su tiempo, la

¹ Pronósticos.

holgura de su casa lo llevaron blandamente al cultivo de las artes: fué tañedor elegante y poeta; amó lo bello que resplandece en la superficie de la vida, antes de buscar las perlas de sin par hermosura que sólo se hallan en sus profundidades: se dió á cantar y beber con sus amigos en esos largos insomnios en que los vulgares cuidados de la existencia se olvidan por completo en una media embriaguez de la carne y en una sublime ebriedad del pensamiento: conoció el sueño pesado del vino, pero conoció también su ensueño refulgente; rindió culto pasajero á todas las delicadezas de la forma, desde las del pensamiento sutil que se envuelve en el ritmo y la rima como en túnica y toga de seda y la melodía exquisita que da voz al pensamiento indeciso y misterioso hasta la que pone en los primores de la tela con que se viste el cuerpo símbolo y marca de la belleza que se ama con ansias de angustioso apetito.

Pero su piedad lo apartó pronto de aquellas disposiciones: encontróse un día, al dirigirse al punto de cita de sus compañeros de holganza, un mendigo cuyos harapos y cuyas úlceras formaban repugnante espectáculo: de aquella miseria salió para él la voz que oyó Saulo en el camino de Damasco¹; la pureza moral, la inmensa ternura y la humildad incomparable del Cristianismo brotaron como de ocultos manantiales en su pecho, y la vida quedó trasfigurada ante sus ojos; cambió por las asquerosas del mendigo sus ricas ropas, y no volvió á comer pan que no fuera el escaso y duro obtenido de limosna. En los abismos sociales á donde descendió enseguida, la lepra, esa enfermedad cruel que pone en la vida todas las podredumbres de la muerte, era la compañera ordinaria de la pobreza. Francisco por su delicadeza ingéni-ta, por lo rico de su cuna, por sus costumbres elegantes, sentía hacia aquella forma de la miseria, repugnancia extrema y lo que hubo de más heroi-

¹ Cuenta San Pablo (Saulo), que yendo hacia Damasco, en la Siria, tuvo una visión repentina que trasformó sus ideas, sentimientos y opiniones y de enemigo que era del Cristianismo, se hizo su más ardiente y vigoroso defensor.

co en su nueva existencia, fué el vivir mezclado con aquellos compañeros inmundos, respirando su atmósfera, lavando sus llagas, bebiendo en la misma copa, besándolas para aliviarlos con los testimonios de su amor inmenso, ansioso de que no hubiera barrera que los separase y exponiéndose á recibir el contagio de sus inmundicias corporales á trueque de esperar contagiarlos á su vez con la pureza de su pensamiento.

San Pablo lo ha dicho: el Cristianismo es una suerte de locura; la sabiduría común busca el goce, y él se complace en mantener viva la tristeza profunda que se desprende del drama de la Cruz; acordarse de sí exalta en perennes ansias á los hombres, y él predica que hay que olvidarse de sí mismo; el mundo promete sus recompensas á los osados, á los que salen á su conquista con la frente erguida y con pecho de hierro, y él se las brinda á los mansos y humildes de corazón; el mundo se inclina ante la altivez, adora los esplendores de la vanidad, cae de hinojos ante el oro, se deja guiar por una espada desnuda, y él levanta al humilde, besa la miseria y rompe la espada; el mundo busca la riqueza y él anda tras de los pobres; el mundo está lleno de curiosidades, y él sabe lo que le importa; el mundo pasa de un amor á otro amor y de una esperanza á otra, y él está fijo en el amor que lo abraza y en la esperanza que lo ilumina; el mundo corteja el favor de los poderosos, y él la sonrisa de los humildes; el mundo corre sin cansarse de un lado á otro anhelando protecciones y favores, *él sabe que su Redentor vive*; el mundo quiere vivir y él adora la muerte; al mundo nunca le parece tener lo bastante, y él había pensado y sentido desde el principio la frase que un gran poeta ha dicho: *Al que nada tiene le queda siempre su Dios.*

Hay dentro del Cristianismo una institución que ha sido instrumento de grandes abusos y víctima de no menores injusticias; la de los frailes, como los llama exclusivamente el vulgo. Qué son los frailes? Son sencillamente hombres que renuncian al mundo: hacen votos de pobreza, de castidad y

obediencia; sufren sin abrigo la inclemencia de las estaciones, van toscamente vestidos, descalzos á veces; ayunan; se mortifican la carne, unos rezan casi de continuo, otros trabajan casi sin reposo; algunos predicán, otros enseñan: todos viven para los demás, en la abstinencia, en el ayuno, sobre la cama dura, en el sol, en la lluvia, en medio de las furias de los elementos y de los desprecios y de los odios de los demás hombres. Por lo común están obligados á vivir de limosna, sin poseer cosa alguna en verdadera propiedad, ni el sayal que visten, ni el devocionario en que leen: cuando no son grandes criminales, son seres abyectos y sublimes; desposados con la pobreza, verdaderos siervos de los siervos de los hombres: lo que está más abajo de la vida, y por lo mismo, lo que está más alto: las filosofías los han encontrado absurdos, las políticas, peligrosos, el sentido común, ridículos; las legislaciones los han espoliado, las plebes los han beñado ó exterminado. No importa: los pocos que el mundo ha dejado vivos continúan serena y valientemente su camino. Piensan sólo en estas palabras del Evangelio: «El que quiera ser de veras mi discípulo, que tome su cruz y me siga.»

Los que lo han conocido de cerca ó de lejos, recuerdan con espanto al monje ambicioso trastornando imperios, al monje disoluto trastornando familias, al monje codicioso arruinando países, al monje glotón devorando patrimonios, al monje fanático encendiendo la discordia entre el esposo y la esposa, entre el padre y el hijo; recuerdan los mares de sangre de las guerras religiosas, los portos de tormento de la intolerancia, la ciencia paavorida y silenciosa, la superstición triunfante, los pueblos esclavos teniendo por coyunda la cruz, las iglesias sirviendo de morada sólo para la concupiscencia y de asilo sólo para el crimen; Arnaldo de Brescia¹ asesinado, Savonarola asesinado, Ga-

¹ *Arnaldo de Brescia*, monje italiano del siglo XII. Re-prochó á los Papas sus ambiciones, su amor á las riquezas y su dominio temporal. Condenado como rebelde y hereje, fué quemado públicamente en 1155. — *Savonarola*, célebre

lileo deshonrado; se acuerdan de conventos que eran verdaderas pocilgas, y de otros que eran mataderos, hablan del *in pace*, maldicen á Domingo de Guzmán ¹ y á Ignacio de Loyola, y creen que el litigio está definitivamente fallado por la civilización y archivado por la Historia; pero ese no es el proceso, ese no es sino el alegato de una de las partes. La Historia recuerda asimismo la dulzura de Carlos Borromeo, ² la caridad de Vicente de Paúl, la piedad de Francisco de Asís; la Historia ve legiones de frailes doctrinando salvajes, amansando pasiones, encadenando iras, curando enfermos, iluminando ignorancias, amparando orfandades, levantando casas y dando calor de hogar para todas las desventuras, haciendo misiones de Evangelio al centro de todos los peligros, subiendo al Calvario en todos los continentes del planeta— y en tanto que la ciencia resuelve sin apelación la contienda—la poesía besa el bordón del peregrino, la cruz del mártir y el rosario del fraile.

La orden fundada por Francisco se marcaba especialmente por la pobreza y la humildad: su sayal tosco y la sogá con que lo ceñía, fueron durante mucho tiempo más venerados que las coronas y los cetros de los reyes. Aquella milicia de amor, apaciguadora de iras, sembradora de amistades, hasta el punto de que infestando un lobo feroz cierta comarca la tradición cuenta que Francisco logró ajustar paces entre la fiera y los habitantes del lugar cercano á sus fechorías y entró en lo adelante mansamente el lobo á recibir el cotidiano alimento á la casa de los labriegos antes por él de continuo amenazados; aquella milicia, digo, fué

predicador italiano del siglo 15. Su empeño en reformar las costumbres corrompidas de Florencia, le acarreó la persecución de los nobles, de las órdenes religiosas y de los secuaces del Papa. — *Galileo*, astrónomo italiano del siglo 17. Sus opiniones sobre el movimiento de la tierra fueron juzgadas como heréticas y absurdas por la Iglesia católica de su tiempo.

¹ *Santo Domingo*, el fundador de la famosa orden de los Dominicanos. *San Ignacio*, el fundador de la Compañía de Jesús.

² Arzobispo de Milán. Combatió los abusos de la Iglesia de su tiempo y durante la peste de Milán (1596) se portó como bueno.

durante muchos años rodeada y aclamada por el amor de las muchedumbres, y si, degenerando, al cabo, en vicios se trocaron algunas veces sus virtudes, nada hay en su instituto y nada hubo en su piadosa fundación que no merezca gratitud y alabanza.

La liturgia¹ católica, la pompa de las ceremonias, las grandes bóvedas de las catedrales á donde sube el humo del incienso y en el que se refleja el solemne acento de órgano, las ideales pinturas en que grandes artistas han dado imágenes adecuadas á misterios dogmáticos que son en sí mismos de una hermosura arrobadora, los ritos majestuosos, la mitología hechicera, las milicias angélicas uniendo el cielo con la tierra, el profundo sentido de las fiestas, el lenguaje, admirablemente elegido, por su fondo y por su música en que el catolicismo habla, la asiduidad con que acompaña al hombre desde la cuna en que lo bautiza hasta el sepulcro en que lo rodea de plegarias y bendiciones, la magia de sus esperanzas, los arcanos de su fe, la sublimidad de sus sacramentos, la eficacia de sus consue- los, la multiplicidad de sus recursos, el carácter de sus oraciones, las maravillas de su culto, esa flor de poesía, incomparable en los anales de la imaginación, que se llama la virgen madre—todo ese mundo, toda esa fábrica portentosa de ideas y emociones que constituyen el Catolicismo, forma á los ojos de quien sea capaz de darse cuenta de él en todos sus detalles, espectáculo de una grandeza soberana.

En el estado actual del mundo no hay esperanza de dominarlo, empero, por ese camino: la fantasía tiene á cada hora que pasa, menos imperio sobre el hombre y las esperanzas de ultratumba entran por tan poco en la vida contemporánea, que el Nihilista,² que no cree en Dios, representa en la actualidad el mismo papel que representó el mártir cristiano ante la tiranía de los Césares y las

¹ Ceremonial oficialmente aceptado por la iglesia.

² El pensador revolucionario que no cree en nada de lo que el mundo oficial de nuestro tiempo aparenta creer y manda que se crea.

fieras del circo. Un Francisco de Asís haría hoy, en cambio, más por la paz del mundo que los más grandes estadistas de Europa. La poesía de aquella existencia singular no está á nuestros ojos en los arrobamientos místicos, en los torrentes de lágrimas que llegaron á cegar sus ojos por la idea constante de la pasión del Redentor; no está en las oraciones bellas por él inventadas y que la Iglesia conserva; ni en los milagros múltiples, ni en los trabajos innúmeros, ni siquiera en la vida sin mancha; está sobre todo en su caridad, sólo á la del Cristo comparable; con obra semejante es como puede salvarse aún la civilización, amenazada hoy por la terrible faena subterránea del odio. Hablando de Francisco de Asís ha dicho León XIII: «El más grande santo después de Nuestro Señor»: un santo al menos, según los quería Nuestro Señor, añadimos respetuosamente nosotros.

La Poesía de la Historia. p. 133.

Mi Biblioteca

Prometí á los lectores de *Pandemonium* hablar en cada número de algún libro curioso, por de arte egregio, ó por de profundo pensamiento.

Y ello sin pretensiones de curso, de método, de enseñanza de *dómine* — como si al azar tomara un libro del estante.

Historia á veces, arte otras, otras filosofía.

Hoy voy á hablarles de un hombre bien oscuro ya, que fue famoso en otro tiempo, y de un pensamiento suyo que vale la pena del recuerdo.

Me refiero á Berkeley, filósofo escocés que vivió parte del siglo XVII y parte del XVIII. ¹

Para él, tan lejos está de ser cierto que no sea-

¹ Jorge Berkeley. Son sus obras: *Teoría de la visión. Tratado del principio de los conocimientos humanos y Diálogo de Hylas y de Philonous.*

mos otra cosa que *materia*, — que ésta, después de todo, acaso no exista y venga á ser sólo una ilusión de nuestro pensar.

En efecto, — qué sabe el hombre? que tiene un cuerpo? No: que piensa que lo tiene. Que existe un universo á su alrededor? No, — de lo que él está seguro es de que esa es *su idea* acerca del asunto. El demente, el simplemente ilusionado, el que sueña, cree ver y sentir muchas cosas que no existen. Todos somos *ilusionados* en el fondo. No hay dos personas, acaso, que vean un tamaño ó un color exactamente de la misma manera.

Que vean con qué? con los ojos? Así lo pensamos: de lo único que estamos ciertos es de *pensar* que lo vemos.

Qué contraste tan admirable con el materialismo hoy predominante!

Para este pensador, cristiano por cierto, lo que es ilusión no es el espíritu: la ilusión, probablemente es la materia. Qué necesidad tenía Dios, en efecto, de crear el mundo, si podía crear espíritus que imaginaran que existía?

Dios ha hecho verosímilmente lo más fácil.

El universo no es sino una fantasmagoría. Lo único que existe, de cierto, es el pensamiento humano.

Un loco cree tener calor, ó frío, ó estar á oscuras cuando nada de ello corresponde á las impresiones de los cuerdos.

Por qué los llamados cuerdos no han de equivocarse á su vez?

Un enamorado ve hermosura donde no la hay. Una madre ve en su hijo gracias y talentos que no existen sino en la ilusión de su cariño.

Las pasiones son demencias pasajeras.

La fantasía y el sentimiento están abultando de continuo la vida. Somos un manajo de nervios, — se dice con frecuencia: un manajo de *ilusiones*, aseguraba el pensador á quien me refiero.

El materialista más convencido no puede negar que él *piensa* la materia, y por eso, y *nada más que por eso*, en ella cree.

Y tampoco puede negar que su pensamiento po-

drá proceder de un instrumento material pero en nada se le parece.

No puede pesarse, no puede medirse, no puede tocarse, no puede verse, no ocupa lugar en el espacio, no se calienta ni se enfría;—ni duele como la materia,—aunque duele también.

Todo lo que ansiamos, que no sea el bien y la verdad, lo ansiamos por enfermedad de nuestro sér; porque somos espíritus caídos del cielo, que es su patria. Y lo peor es que la servidumbre en que estamos, obedece á puras ilusiones,—á imágenes soñadas.

La realidad es quien sueña en nosotros: el espíritu.

Hasta aquí el pensador á quien me refiero. No es verdad que su doctrina es muy curiosa?

Por supuesto, no tengo que analizarla, y menos que combatirla. En esta sección voy sólo á contar, á veces un poema, á veces un idilio, á veces una filosofía, conversando á la ligera, sin pretensiones de enseñanza: para entretener, nada más.

Los novios

de Manzoni

Después de *El Quijote*, de Cervantes, ningún libro de amena literatura me parece más bello que la novela de Manzoni ¹. Hay en ella la misma sencillez de trama fundamental que en la otra: unos amores, puestos á la prueba de largos infortunios, que acaban por coronarse de ventura. La pintura de la novia y del novio, gentes sencillas, sin artificio, del pueblo, robustos y sanos, han sido soñados por un poeta verdadero que no tiene que falsificar la Naturaleza para idealizarla.

El período histórico en que pasa la aventura es como el lienzo del gran cuadro. Período de semi oscuridad atravesada por relámpagos. Tiempo de frailes, que eran como parásitos, tan numerosos y varios como molestos. Tiempo en que los grandes

¹ Alejandro Manzoni, novelista y poeta italiano (1784-1873).

señores de la aristocracia eran verdaderos bandidos. Época de devoción y de infamia. Jamás hubo historiador que hiciera de una manera tan completa é ideal el retrato de una época. Aquel mundo dentro del cual pasa la novela se ve, se palpa, se oye; se siente hormiguar en torno nuestro.

Hay allí el tipo del fraile humilde y bueno, el del sacerdote que ha entrado á servir el altar como quien entra en una compañía de seguros, el de un Obispo que, sin dejar de ser católico, apostólico, romano, príncipe de la Iglesia, parece digno de figurar en el cortejo de Jesús; bastarían esas cinco figuras: las de los novios y las de don Abundio, Fray Cristóbal y Federico Borromeo, para asegurar la inmortalidad de Manzoni,—aunque no hubiera él escrito también los famosos versos del *Cinco de Mayo*.

Los admiradores entusiastas de Emilio Zolá ¹ es bueno que lean un libro como este de que hablamos. Eso es *realismo* de buena ley, como el de Cervantes,—como el de Velázquez, tan superior en mi concepto al de Goya. ²

Hay, entre otros episodios, el cuadro de un movimiento popular originado por el hambre, que no tiene rival, seguramente, en la historia de la pintura literaria.

El estilo es llano, plástico, de elocuencia suma. Por cierto que hay una traducción española del libro, ³ hecha por Nicasio Gallegos nada menos, que conserva el encanto de la forma con toda su frescura.

Eso es literatura de buena ley, no mentirosa, no gazmoña, no encubridora de lo malo, sin ser por ello venduta de sensaciones morbosas ni fuente con efluvios malsanos.

Es un libro que debe ser leído.

Hay allí un idilio que se desliza á través de los problemas sociales, políticos, económicos de un

¹ Discutido novelista francés del siglo XIX.

² *Velázquez y Goya*, célebres pintores españoles: del siglo XVII, el primero, y del XVIII, el segundo.

³ Tomo XXXI de la BIBLIOTECA CLÁSICA, editada por la Librería Perlado Páez y Cía., de Madrid.

tiempo tempestuoso, como un grupo de palomas que cruzara por una borrasca: el arte verdadero, en que lo real y lo ideal se funden y se trasustancian. Idilio suave y ardiente á la vez, como los primeros ensueños de toda jovencita.

La musa de Alejandro Manzoni tiene, á un tiempo, la gravedad de la Historia y la redondez de los hombros, el terciopelo en la mejilla y el brillo en los ojos de Venus¹. La suya es una gloria definitiva.

Crítica de la razón pura

de Kant

Con este libro de Emmanuel Kant,² —aunque ello se haya dicho, sin tanto motivo, de los de Bacon y Descartes,—se abrió la filosofía moderna, el moderno pensar positivista y sabiamente limitado: la despedida de la metafísica.³ *Los Primeros principios* de Spencer no hacen, en su parte crítica, otra cosa que parafrasear⁴ la tesis fundamental kantiana,—la de las inolvidables *antinomias*.⁵

La vida de Kant, de recogimiento, de estudio, de pensar hondo, se deslizó, á pesar de ser larga, dentro de los muros de la pequeña ciudad de Alemania en que nació,⁶ sin embargo de que á ella fueron á buscarlo los aplausos del mundo. Pero su interesante biografía, el examen de todas sus obras, nos sacarían de los límites que en esta sección tenemos trazados. Examinemos sólo un libro.

El empeño de Kant en ese estudio imperecede-

1 La diosa de la hermosura y del amor entre los antiguos.

2 Célebre filósofo alemán (1724-1800).—*Bacon*, famoso filósofo y ensayista inglés (1561 á 1626), á quien se llama el *padre de la filosofía experimental*. Su obra maestra se titula *NOVUM ORGANUM*.—*Descartes*, gloria francesa del siglo xvi. Proclamó la necesidad de la duda y la autoridad de la razón. Su obra principal es el *DISCURSO SOBRE EL MÉTODO*.—*Spencer*, filósofo y sociólogo inglés (1820-1903).

3 Ciencia que estudia los principios y las causas de todo lo que existe.

4 Seguir de cerca.

5 Contradiciones.

6 Koenigsberg.

ro es el de trazar los límites del entendimiento humano, acerca de los cuales todos los hombres solemos hacernos verdaderas y trascendentales ilusiones.

Para ello, el gran pensador fijó una serie de proposiciones dobles en inverso sentido, poniendo de relieve cómo el pro y el contra, acerca de ciertos problemas, están por igual fuera de los límites de nuestra facultad de discurrir.

El mundo tuvo un principio? El mundo no tuvo un principio?

Delirio es creer que puede raciocinarse acerca de eso, para responder afirmativamente, habría que concebir la *nada*, anterior á ese *principio*. Para responder negativamente habría que concebir la *eternidad* en el existir. La *nada*, la *eternidad*, son dos vocablos, pero no son dos *conceptos*.

El hombre no puede *concebir* lo uno ni lo otro, por más esfuerzos que haga. La inteligencia humana no tiene moldes para esas ideas. Son, como los llama Spencer, pseudo-conceptos, puramente negativos y sin sustancia, de lo que únicamente en realidad conocemos; lo que es transitoriamente, lo que empieza y concluye, lo que nace y muere: *lo que pasa*.

Con tanta fijeza como Spencer, que lo hizo después, con mayor claridad y exactitud que Demócrito y Epicuro,¹ que lo hicieron antes, la *Crítica de la razón pura*, pone de relieve que la inteligencia humana es impotente, no ya para resolver, para plantear siquiera, los problemas que más le interesan.

Qué hacer ante ese escollo? El *radicalismo* militante guarda verdadero rencor á Kant por lo que él hizo.

En la *Crítica de la razón práctica* reconoce, en nombre de lo que llama el *sentido común humano*, las hipótesis trascendentes, cuyo nulo valor científico, es decir puramente racional, había demostrado con invencible lógica.

¹ Demócrito, filósofo griego del siglo v. antes de Cristo.— Epicuro, filósofo ateniense que vivió de 342 á 270. antes de Cristo.

Dios no es ya una hipótesis, el estudio de la cual carece de las condiciones que dan formalidad y eficacia á la investigación científica. Se convierte en un postulado¹ de la experiencia universal, así interna como externa, de los hombres.

La ley del bien no es el resultado, perfectamente explicable, de nuestros impulsos sociales; es el mandato *imperativo categórico* de la conciencia humana, el cual exige que se haga el bien por el bien mismo, sin atender á sus consecuencias, sino como obedeciendo la voz de un oráculo, que no puede engañarse, y que en nuestro interior oímos:

«*En el silencio inmenso de la idea*»

como diría en su lenguaje sibilino² Víctor Hugo.

Reaparece la religión, la espiritualidad é inmortalidad del pensamiento, el Dios personal que semeja un hombre grande: todo lo que la *Crítica de la razón pura* había sacado del campo de la ciencia, sin arrancarlo, por supuesto, del de las bellas ilusiones.

A nuestro ver, lo que Kant llama el sentido común es simplemente un compuesto de fantasía y sentimiento que no tiene parentesco con el nombre. A esa filosofía abigarrada³ preferimos la lógica del catolicismo, que tiene sus fundamentos como verdades superiores á nuestro entendimiento, aceptadas por el milagro de la fe y que una vez admitidas nos llevan á las más admirable y apetecibles consecuencias.

La *Crítica de la razón pura*, que hizo en su tiempo un ruido enorme, y que reapareció en la esencia con los *Primeros principios* de Spencer,—aunque ya había sido virtualmente repudiada por su autor,—sigue siendo, á nuestro ver, la base de granito de la filosofía contemporánea.

Es la fe,—y no el razonamiento,—lo que puede sacarnos de la imposibilidad absoluta de pensar en serio acerca de lo infinito y de lo eterno.

¹ Hecho reconocido ó axioma.

² Profético.

³ Adornada de varios colores.

Lord Macaulay¹

He aquí un escritor que no tiene desperdicio: cualquier nota suya escrita con lápiz en el margen de un libro, cualquier recado enviado á un amigo, en breve epístola, merecen recogerse y estudiarse. Un sobrino suyo ha escrito sobre su vida un estudio admirable,—que por cierto he visto aquí, con cierta sorpresa, alguna vez, en el muestrario de una librería, no recuerdo de cual, y hasta traducido al español creo, y el libro sabrosísimo está hecho en buena parte con notas y apuntes del tío, hasta el extremo de convertirse casi en autobiográfico. Pues bien, busquen y compren mis lectores ese libro: verán que no exágero.

Y cuidado! no es que fuera un pedante,—todo lo contrario,—es que el detalle más íntimo y descuidado de su prosa encierra casi siempre una pequeña maravilla.

No recuerdo en este momento bien si fué su estudio,—su *ensayo*, como dicen los ingleses,—sobre el Dante,² ó el relativo á Maquiavelo, ó el de Milton, el que hizo que todas las miradas de Europa se volvieran hacia su escritorio; de lo que me acuerdo es de que son esos tres trabajos tres joyas de la pluma. Sobre Bacon, el canciller, tiene otro que es también un portento.

Y otros, y otros; pero lo mejor, acaso, es su trabajo histórico sobre la Segunda revolución inglesa, la que sacó del trono á Jacobo II, plantando definitivamente la libertad inglesa. Fuera de aquellas pinturas de Tucídides³ acerca de la peste de

¹ Historiador inglés y ensayista (1800-1859). Sus inmortales *Ensayos* (Estudios) *literarios, históricos, políticos, biográficos, críticos*, sus *Discursos*, su *Historia de la Revolución Inglesa* y su *Historia del Reinado de Guillermo III*, se hallan admirablemente traducidos al castellano en la BIBLIOTECA CLÁSICA, que edita en Madrid la Librería de Perlado Páez y Cía.

² Dante, italiano, autor de la DIVINA COMEDIA y uno de los mayores genios poéticos de la humanidad (1265-1321).—*Maquiavelo*, publicista é historiador italiano del siglo xv, autor de EL PRÍNCIPE y del DISCURSO SOBRE TITO LIVIO.—*Milton*, poeta inglés (1608-1674) y autor de EL PARAÍSO PERDIDO.

³ Famoso historiador griego (481-395, antes de Cristo) y autor de la *Historia de la Guerra del Peloponeso*.

Atenas y la gran guerra marítima de los griegos, nada hay semejante en la Literatura universal: la pluma de este historiador es un buril.

Los sucesos se ven, los personajes se conocen como si los hubiera uno tratado; aquello no es un cuento: es un teatro.

Y detrás del arte del escritor, inimitable, supremo, está la ciencia del político; no hay curso de la materia que no sea inferior á la lectura de ese libro.

La caricatura histórica que trazó Shakespeare, ¹ para complacer, según cuentan las crónicas, cierto capricho de la Reina Isabel, en *Las alegres comadres de Windsor*,—á pesar de su verba Aristofanesca²,—palidece junto al retrato del repugnante Ministro é inspirador de Jacobo II dibujado por la pluma de Macaulay. Tácito³ parece pedante y Suetonio un chismoso vulgar cuando se les compara con eso. No puede darse más.

Cualquier libro, cualquier trabajo de Macaulay enseña mejor el arte de escribir que todas las retóricas. Hay ahí, en su obra, la contemplación de toda la escultura, la arquitectura, la pintura que cabe en la palabra: el *Moisés* de Miguel Angel,⁴ la *Escuela de Atenas* y la *Virgen de la Silla* de Rafael..... para qué enumerar? Es la prosa definitiva.

Macaulay fué también orador,—es decir, quiso serlo, y no hizo mal papel en la tribuna; pero ¡qué! este es otro género.

Hay la elocuencia del libro, la del poeta, hasta la del actor; pero la de la oratoria es diferente de todo ello.

Otro día hablaremos acerca del asunto.

Por ahora, en lo que insisto es en aconsejar á nuestra juventud que lea mucho á Macaulay: es

¹ Poeta inglés y uno de los mayores del mundo (1564-1616).

² Elocuencia que se parece á la de Aristófanes, célebre poeta cómico de Atenas (siglo V antes de Cristo).

³ *Tácito*, historiador latino (54-130) y autor de los ANALES y las HISTORIAS.—*Suetonio*, también historiador latino (año I de Cristo) y autor de la *Vida de los Doce Césares*.

⁴ *Miguel Angel Buonarroti* y *Rafael Sanzio*, ambos célebre pintores italianos del siglo XVI.

escuela de política, escuela de moral, escuela de arte.

Macaulay es el tipo perfecto de lo que llaman los ingleses un *gentleman* que es un liberal y es un artista: uno de los primeros.

El Contrato social

de Rousseau

Juan Jacobo Rousseau es una de las personalidades más originales y poderosas del siglo XVIII. Es un complemento de Voltaire: ¹ éste destruye, aquél construye. Francia lo ha representado admirablemente con aquel sarcófago ² del Panteón, del cual parece salir una mano empuñando con vigor una antorcha. Ello da, en forma gráfica, su divisa: *Vitam impendere vero.* ³

Sus *Confesiones*, su *Emilio*, su *Nueva Eloisa* constituyen toda una literatura; pero su *Contrato social* ⁴ es como el Evangelio de la nueva Política que la Revolución francesa querrá más tarde implantar por el *terror*.

Bentham ⁵, apesar de que era uno de sus *padres*, no comprende al filósofo ginebrino, lo cual se explica sólo por el hecho de que Inglaterra no necesita el libro: lo *vivía* hacía ya tiempo: era en la corte de Luis XV donde se hacía indispensable.

En medio de aquel caos en que la monarquía absoluta, el feudalismo y la teocracia vivían en monstruoso contubernio ⁶, es donde el libro

¹ Formidable pensador francés del siglo XVIII.

² Sepulcro.

³ Palabras del poeta latino Juvenal; quieren decir: *Contra-
grar la vida á la verdad.*

⁴ Las tres primeras de estas obras de Rousseau, se hallan traducidas al castellano por la casa Garnier Hnos. de París. En el Vol. X de la valiosa *Biblioteca Económica Filosófica*, editada en Madrid por Antonio Zozaya, está incluido el *Con-
trato Social*.

⁵ Publicista y jurisconsulto inglés (1748-1832).

⁶ Maridaje.

suena como un trompetazo de Jericó despertando á los muertos, al recordar al *individuo* que la *sociedad* no se había hecho para anularlo sino para protegerlo. En su momento histórico, el libro, que ahora parece banal, á fuerza de haberse vulgarizado su contenido, es un milagro de conciencia y de genio. Todo el individualismo moderno ha partido de ahí.

El *individualismo*, que el *socialismo* no debe suprimir, so pena de ser él mismo infecundo.

Basta acordarse de aquel libro de Girardin¹ titulado *El impuesto*, que estudia las gabelas² que antes de la Revolución tenía que satisfacer el *pechero*³ francés, para comprender el grito del pensador de Ginebra: para darse cuenta de la importancia de aquella protesta, escrita en estilo árido, como matemático, tan diferente del habitual del gran prosista, sólo á lo mejor de Chateaubriand⁴ comparable, pero en que vibra la mayor conciencia de su tiempo.

Los que hemos leído varias veces las *Confesiones* y estamos familiarizados con la intimidad de Juan Jacobo, somos los que podemos darnos cuenta de aquel individualismo poderoso, por ignorancia práctica, del cual la Revolución francesa fue un fracaso.

La comida á la misma hora para todos y del mismo horrible *menú*⁵ que se usaba en Esparta, es buen símbolo de la sociedad sin individualismo. El problema que el mundo tiene delante,—y del que Jesús dió la verdadera solución,—requiere la síntesis de una antinomia aparente: la sociedad y el individuo; pero en el momento y en el país en que el libro de Juan Jacobo aparece, el Cristianismo estaba falsificado por completo: las formas pomposas que Roma le ha dado habían sustituido al fondo,

1 Emilio de Girardin, célebre periodista francés del siglo XIX.

2 Tributos, impuestos.

3 Plebeyo.

4 Ilustre escritor francés (1768-1848).

5 La lista de una comida.



evaporando la esencia; era liturgia, ceremonias, aroma de incienso, música de campanas, lo cual no es malo; pero era eso únicamente, lo cual es horrible. Si algo significa, por otra parte, el Cristianismo, es la grandeza de la unidad individual. Cada hombre es en él un alma inmortal, un hijo de Dios,—tal es su concepto místico del mundo,—y al mismo tiempo, el último de los hombres es un hermano de los más altos, de los más poderosos, de los más fulgentes, tal es su filosofía de la vida.

En la sociedad francesa del siglo XVIII, y lo mismo fuera de Inglaterra, en toda Europa, la mujer existe para el placer del hombre, los humildes para siervos de los poderosos: el libro de Juan Jacobo vino en cierto modo á decir, en otra forma y á otra luz, lo que había dicho el Evangelio, no en nombre de un Dios, en quien casi nadie creía, sino en nombre de la razón humana, que todos invocaban. El servicio fue inmenso.

La vida tiene dos aspectos diversos posibles: un plan divino ó un misterio impenetrable; es de suma importancia mostrar que en ambos casos nuestra conducta debe ser la misma,—para ser eterna é infinitamente felices después de muertos, dice la Iglesia de Cristo;— para que la vida en el planeta resulte lo menos sucia y lo menos oscura posible, dice la filosofía de Juan Jacobo. Ni á los ojos de un místico, el libro en que lo dice debe ser malsano.

Con menos verbosidad y primor que en cualquiera otro de sus libros, en el *Contrato social* la tesis que envuelve el pensamiento capital de Juan Jacobo se afirma poderosamente.

Ojalá que en la gran revolución social que ahora se trama no naufraguen los derechos, la conciencia, la personalidad del individuo!

El mundo debe volver á leer, en todo caso, ese libro que ya está olvidado.

Colón

Colón pertenece al pequeño grupo grandioso: los héroes del género humano; los excelsos representantes de la especie. Nació en Italia: la marina española lo cuenta entre sus Almirantes; pero ni Italia ni España pretenden ni podrían tenerle por gloria nacional: su sombra no cabe en las dos naciones reunidas.

No es, por otra parte, un marino, ni un soldado, ni un gobernante ilustre, ni siquiera un sabio. Colón no es de los hombres que por el camino de las menudas investigaciones, tras largas veladas, después de cansarse la vista observando, y la inteligencia analizando el resultado de sus observaciones, llegan al fin de sus anhelos, á la tierra de promisión de las soluciones felices; es del corto número de los grandes iluminados. Ciencia no le faltaba; perseverancia, obstinación, voluntad firme, ya las mostrará más adelante, cuando llegue la ejecución de su empeño: lo primero que muestra es la intuición¹ pasmosa, el sentido como divinatorio y la fe sublime del genio; con la luz que alumbraba su pensamiento tratará de alumbrar la ignorancia y las preocupaciones que, oh prodigio! intenta poner al servicio de su convicción; con su fe invencible producirá el contagio de su idea y de su esperanza en pechos y en entendimientos que no estaban llamados á albergarlas. Es una de las grandes tristezas de la Historia; se oprime el corazón; nos sentimos acongojados y llorosos al ver marchar con el recuerdo, al grande hombre, poderoso mendigo! de Corte en Corte, de tierra en tierra, por el Continente europeo, tendiendo la mano para pedir el oro de su empresa, cuando lleva en su idea, en su intuición, en los pliegues de su voluntad, algo que sobrepuja los tesoros de «Las mil y una noches»: la realización del cuento de ha

¹ El concimiento claro. directo é inmediato de la verdad.

das más prodigioso que concibió la humana fantasía. Con melancólica mirada seguimos al peregrino sudoroso y fatigado; con agonía lo vemos luchando con esa forma de la ignorancia que se llama ciencia oficial, que por sus macizos soportes y soberbia satánica, es la ignorancia más oscura y la más difícil de vencer; pero con gozo inefable vemos también, de súbito, levantarse junto á la figura del genio próximo á la derrota, otra figura, otra personalidad, destinada á compartir con él la inmortalidad de su triunfo: como quien llega al venturoso desenlace de hechicera y semi-trágica ficción poética, que ya con sus peripecias nos desgarraba el pecho, vemos asomar el momento de oro en que una gran reina sale, como por providencial acaso, al encuentro del genio, cercano ya al abatimiento: ese momento es un momento de júbilo para el género humano, es la reversión de una de las más pavorosas catástrofes que se han conjurado en la Historia, y nosotros todos—cómo no hemos de decirlo con orgullo?—pero principalmente toda mujer de nuestra raza, al recordar á Colón peregrino y errante, tiene que sentir en las sienes la frescura del laurel olímpico¹ que ciñe para siempre la memoria de la magnánima Isabel.

Ella hizo que el sueño de aquel visionario fuera una realidad. Ella hizo que pudiera intentarse aquella aventura inaudita² que da á pensar, á un tiempo, en las proezas legendarias del Cid³ y en las quiméricas empresas de don Quijote. Sólo que esta vez el león no se contentaba con volver las grupas al héroe: el combate iba á verificarse; el océano espumoso, ignoto, inmenso, armado con sus oleajes, con sus abismos, con sus corrientes y sus vientos desconocidos, iba á tener de veras bajo sus garras y entre sus fauces al paladín sin miedo. Por el mar conocido, planificado, detallado, á la manera de un camino público, con los recursos de

¹ Con que coronaban en Olimpia, Grecia antigua, á los vencedores en los *Juegos olímpicos*.

² Nunca oída.

³ Héroe español del siglo xi, famoso por sus correrías contra los moros.

que la ciencia dispone hoy contra las sorpresas y los asaltos de la ola y el viento, el viaje triunfal de las tres carabelas simbólicas que vinieron á América para solemnizar la memoria augusta del primer viaje, y que nó pudieron ser idénticas en lo frágil, en lo desarmado, en lo humilde á las tres de entonces; con todo eso, digo, el viaje de ahora no dejó de verificarse con precauciones, con medidas de protección, con al amparo de otras embarcaciones capaces de protegerlas en el caso de algún accidente. La gallardía del primer viaje apenas puede repetirse con la imaginación, y no sin que sufra vértigos la misma fantasía. Pensad los que me leéis en aquella salida de Palos de Moguer, y decidme si hubo jamás en los sueños de la poesía, en las exageraciones de la leyenda, en las ficciones mitológicas, ¹ algo que supere al grupo de insensatos que van así á meterse en los senos de la aventura casi inconcebible. Si mañana, por caso no previsto, un sabio que reuniera, concentrara é hiciera dar nuevo y gigantesco paso á toda la sabiduría actual del mundo, propusiera viaje por las regiones del espacio á otro planeta de nuestro sistema,—á Marte ó á Saturno,—y si en la endeble barquilla del aerostato para la navegación temeraria encontrase compañeros, y si estos compañeros fueran hombres que participaran de su audacia, pero que no pudieran participar de la intuición de su genio, ni de las confianzas de su ciencia, todavía ese viaje increíble y maravilloso, tendría un término conocido, una marcha marcada á través de un medio menos misterioso hoy que lo era en el siglo XV el Océano Atlántico; todavía habría menos solemnidad en la despedida, menos grandeza épica ² en la resolución, carácter menos sublime en el intento, que en aquella arrancada de Palos de Moguer de las tres carabelas inolvidables que van,—palomas de alas sedosas y breves,—á tender el vuelo que para los alciones ³ es locura. Ya

¹ Las de los mitos ó relatos fabulosos de las aventuras de los dioses y los héroes de la antigüedad.

² Propia de altos y memorables personajes.

³ Ave marina, especie de martin-pescador.

parten, ya se inflan sus velas, ya se alejan, ya apenas se divisan, ya se pierden de vista. Cómo debió brotar entonces de las playas de la España creyente é idealista, cómo debió surgir de aquellas arenas, en que quedaron las madres y las prometidas, el himno sonoro, uno de los más grandiosos que han llenado el espacio: «Que Dios los acompañe!»

Por eso, bien podemos decirlo, aunque sin la pretensión ridícula de monopolizarlo: Colón es una gloria nuestra. En un momento crítico de la Historia, nuestra raza y él se comprendieron y se aceptaron mutuamente. Adopción inolvidable que ha dilatado el planeta! El tenía, al menos, ya lo dije antes, la fe de su genio: una claridad privilegiada, á la manera de un ángel que llevase una estrella en la mano, marchaba delante de su pensamiento, disipando las tinieblas del abismo: pero aquellos marineros que lo seguían, tan sencillos, tan inespertos, digámoslo en honor suyo, tan ignorantes, —esos tuvieron la fe que faltó á Pedro para caminar sobre las olas detrás del Redentor. El Océano sin límites; después, al llegar, la selva semejante al Océano; aquellos ríos como mares, aquella raza extraña, aquellos precipicios, aquellos volcanes, — nada los arredró, colocando sobre la erguida cumbre de los Andes la bandera de España, y partiendo con ella como en dos mitades, partiendo con ella como en dos hemisferios distintos el horizonte de la Historia.

El nombre de Colón cifra y expone esas ideas. Gloria de Italia, en cuyo suelo se meció su cuna; de Italia, donde Garibaldi ¹ hubiera sido capaz de emular las aventuras maravillosas de nuestros Corteses y Pizarros; donde nació Miguel Angel, el único digno de levantar la estatua del grande hombre, y Dante, el único digno de cantarlo. Gloria de nuestra raza, que le dió en el Cid y en el Quijote sus dechados, en los marineros de Moguer sus

¹ Hábil político y militar italiano del siglo anterior. Su importancia en la historia contemporánea es muy grande porque contribuyó poderosamente á la unidad de Italia y al triunfo, en ese país y en otros, de los principios democráticos.

colaboradores, en la Reina Isabel su providencia, con su bandera sombra, con sus premios aliento, con la conquista la fecundidad de su obra,—Colón, he de repetirlo al concluir, es una gloria humana: tal es el sello y el verdadero carácter de su grandeza. Este Continente prodigioso; el de los montes altos, el de los bosques densos, el de los anchos ríos, el de los pechos fuertes, es el pedestal del monumento que la Historia erige para su recuerdo; pero de todos los pueblos, de todas las zonas, de todas las castas han de levantarse los homenajes y los laureles de su triunfo. Su heroísmo en sufrir, en trabajar, en arrostrarlo todo: las privaciones, la miseria honda, la humillación cotidiana, la muerte misma, para la victoria de su idea, es, no después de su genio, sino con su genio, lo que hace de veras incomparable su grandeza. La Historia no recuerda otro caso de una inteligencia tan alta, puesta en conjunción con un carácter tan noble y vigoroso. Colón es una estrella doble. Es un granito que parece hecho de luz. Por su entendimiento es incomprendible en la nuestra. Todas las conquistas de la ciencia se muestran pequeñas cuando se las compara con la suya; todas las hazañas de los grandes capitanes resultan baladíes en comparación con sus hazañas. Luchó con lo imposible; venció el Océano inmenso; extendió el mundo; prolongó la sombra de la cruz sobre todo el planeta; hizo al género humano, en conjunto, un servicio divino; que muriera definitivamente cuando cerró los ojos, lo juzgamos imposible; bronce como el de su inteligencia, oro como el de su voluntad, son metales imperecederos. Su nombre es un estímulo perenne, su ejemplo una lección imborrable; su apoteosis,¹ uno de los raros casos en que la Humanidad se yergue altiva, y aliviada de sus desmayos y sus pesimismo, olvidada de concupiscencia, consciente de su fuerza, retemplada en la religión de lo ideal, exclama con alborozo: *Ecce homo.*²

La Poesía de la Historia, p. 125.

¹ El acto de tributarle á un hombre los homenajes dignos de un dios.

² *He aquí al hombre.*

Sobre educación ¹

Un sacerdote ilustre, encargado de pronunciar la oración fúnebre de Luis XIV, llamado «el Grande» por los hechos ilustres de su reinado; después de contemplar por un instante el regio catafalco, comenzaba su discurso con estas palabras: «Sólo Dios es grande, señores».—Señores, sólo la verdad y el bien son grandes en el mundo. Todos los progresos que extienden y realzan la vida industrial de los pueblos pregonan la soberanía de la inteligencia, y merece bien de la Historia la generación que prepara el hogar en que han de vivir las venideras, depositando en el surco del arado la semilla que ha de alimentarlas, y forjando la caldera de vapor y tendiendo el hilo telegráfico con que han de encontrar dóciles y sumisas bajo su mano, para que la actividad del espíritu brille y domine, todas las actividades de la materia. Pero el porvenir se prepara principalmente no modificando el planeta, sino modificando al Hombre, no preocupándose del hogar, sino de la raza que ha de habitarlo, haciendo que nuestros hijos, por medio de la educación, sean más cabales que nosotros en el desarrollo armónico de su naturaleza, más dignos de vivir, de corazón más abierto á las nobles pasiones, de inteligencia mejor templada, de alma más activa, hombres, en fin, capaces de llegar al mediodía en estos progresos cuya alborada nos deslumbra, capaces de llevarlos á sus últimas consecuencias por el libre uso de la razón, por el ejercicio perfecto y desembarazado—que algunos llaman crimen y sa-

1 Discurso pronunciado el domingo 16 de noviembre de 1879, al terminar el curso académico del entonces Instituto Nacional de Costa Rica. El Doctor Zambrana era en esa época Profesor de Economía Política y de Historia Contemporánea de dicho Instituto.

crilegio, de la única facultad que constituye esencialmente al hombre, la facultad de pensar:—triunfo seguro ya, y que ha de dar á nuestra época—pésele á quien le pese—pedestal olímpico y aureola de inmortalidad cuando se confronten los siglos en el severo tribunal de la Historia.

Panteón enorme donde van á dormir las edades, á donde bajan en polvo las generaciones más fuertes, á donde se desvanecen en humo las empresas más audaces y las glorias más bellas, donde la lápida sepulcral de un pueblo de pastores es igual á la piedra funeraria de un pueblo conquistador y dominante cuando los envuelve á ambos el frío sudario de la muerte, así se presenta el pasado si no lo resucita la Historia, pero por ella los tiempos que fueron se levantan galvanizados ¹ del olvido, ella canta con lira imperecedera las hazañas del Hombre y escribe sobre inmortales bronce el recuerdo de su obra, aunque la combatan las tempestades y la aniquile el tiempo. Para los hombres y los pueblos que vegetan como plantas rastreras, buscando sólo el zumo de la tierra, su desdeñoso olvido tiende nueva noche sobre la sombra del pasado; pero todo el que hace vivir una idea, todo el que da su sangre ó su sudor para que el pensamiento se yerga sobre la materia, todo el que prepara el advenimiento de luminoso porvenir tiene certeza de inapagable gloria,—y así el siglo XVI recibe todavía homenaje por haber hecho la luz en oscuras regiones de la conciencia humana, el siglo XVII por haberla derramado copiosa en todas las ciencias, el siglo XVIII por haberla encendido sobre las tiranías para que se derrumbasen, sobre las cadenas para que se hundiesen, sobre los negros buitres del fanatismo y del privilegio para que se ahuyentasen amedrentados, y el siglo XIX los recibirá siempre, precisamente porque es el siglo de la

¹ Con energías recuperadas.

educación y de la propaganda, el único hasta ahora en que la Ciencia y el Genio han abierto sus alas vigorosas sobre la Humanidad entera, bautizando en el progreso á todas las castas y evangelizando á todas las gentes por la libertad. Señores, vivir en este siglo impone deberes y también los impone vivir en este Continente. La América estaba dispuesta por la naturaleza para ser el mundo del prodigio; ceñida de océanos, cruzada de torrentes, cubierta de volcanes, sombreada por selvas cuya cabellera ondulante y desgredada se mece entre las nubes, la ardiente lava que palpitaba bajo la tierra parecía repetirse sobre ella en fecunda savia, en hálito pujante de vida que erguía el tallo de sus árboles gigantescos, que cuajaba de vegetación pasmosa aun el duro granito, tibio aún con el calor subterráneo; y que en el pétalo de sus flores y en el ala de sus aves y en el aire de su cielo descomponía en iris resplandeciente los rayos del sol, ofreciendo al Hombre, para el drama de la vida, una escena cuya decoración maravillosa era superior á los templos de mármol y á los palacios de oro en que había vivido y se había inspirado la musa de la civilización antigua. La América es, en efecto, el mundo de una democracia nueva, la tierra natal de la verdadera República, y la Democracia, como principio de asociación y la República, como forma de gobierno, exigen de consuno¹ que todas las frentes se levanten y se iluminen en actitud de soberanía, que todas las voluntades sean fuerzas motrices del movimiento nacional, que haya una conciencia—que se llama la opinión pública formada por todas las conciencias, ellas consagran ciudadano al humilde plebeyo, infame hasta ayer—llamárase ilota ó esclavo ó siervo de la tierra,—infame hasta ayer, sólo porque su frente estaba humedecida con el fecundo sudor del trabajo, y porque no descendía

¹ De acuerdo.

de uno de esos conquistadores crueles cuya espada gloriosa ha torturado las entrañas del género humano, sino de uno de esos obreros infatigables que han descuajado las selvas y desecado los pantanos y vestido de blondas espigas y de dorados racimos la tierra, calentando el horno de la abundancia y exprimiendo la alegría en la copa del banquete para que la humanidad, coronada por ellos de flores y por ellos cubierta con suntuoso atavío tome verdadera posesión de la naturaleza y tenga un día de fiesta que le haga olvidar los dolores de la vida. Sí, en las democracias todos mandan y todos obedecen, esta cosa grande y fuerte que se llama la ley, es hecha por todos y para todos, y precisa que en las democracias, precisa que en las repúblicas la educación sea el primer negocio del Estado, puesto que puede ser su mayor peligro ó su mayor ventura: importa que donde todo ciudadano puede gobernar, todo ciudadano sea realmente un hombre, importa que donde todo hombre está en la plenitud del derecho toda conciencia está en la plenitud de la luz.

Hé aquí la gran tarea de la educación: el educador hace algo que es maravilloso: fecundar la noche,—hace que nazcan estrellas en la sombra, y es un espectáculo admirable ver abrirse en los espíritus sombríos—así como en la oscura bóveda del cielo—el largo cáliz de oro de esas flores resplandecientes. La obra está llena de dificultades; hay que trabajar con tanta blandura como cuando se teje la seda y con tanta firmeza como cuando se esculpe en la piedra. El educador recibe á veces las almas desnudas, deformes y tenebrosas: sobre esas almas él levanta el horizonte constelado, y para levantarlo sabéis lo que hace? un pensador cubano lo ha dicho,—hace lo que la lámpara: arde y se consume para alumbrar á los demás. Con lo mejor de su energía, con lo mejor de su perseverancia, con lo mejor de su pensamiento, derramando su corazón, de-

ramando su espíritu en aquellas almas que le están confiadas, el verdadero educador las trasforma, las eleva, las ennoblece, las lleva dulcemente, sin engaño y sin servidumbre, las lleva á las grandes alturas, las lleva á la ciencia, que es todo lo finito, las lleva al arte que es el límite de lo finito y de lo infinito, las lleva al deber, que es la mayor suma de infinito que cabe en el Hombre. La ley sublime de crecimiento y de desarrollo que convierte al botón en flor, al gusano en mariposa y al carbono en diamante, esplende entonces en perfecta magnificencia, haciendo de los instintos y de las pasiones que producen á los hombres oscuros y bestiales las grandes almas luminosas, que resplandecen como estrellas fijas en el firmamento de la Historia.

Los procedimientos educacionistas, que bajo la dirección de un pensador distinguidísimo¹ y de acuerdo con el espíritu eminente de su propia enseñanza, se han seguido en este Instituto, estaban en correspondencia, por supuesto, con esos ideales. Aquí nos hemos ocupado de formar el espíritu más que la ciencia de los educandos, no almas medio apagadas, no hombres que parecen haber sufrido y que han sufrido en realidad una mutilación, no contempladores estériles ni resortes con disciplina: conciencias, voluntades, energías, fuerzas vitales de la sociedad, los ciudadanos del porvenir, las inteligencias responsables, los espíritus que merecen la inmortalidad. Les hemos mostrado cómo eso puede hacerse con método científico, les hemos mostrado la múltiple realidad de la vida que en climas y estaciones, en piedras y plantas, en cielos y mares, despliega inmenso asunto á la curiosidad racional; les hemos enseñado á constatar² sus leyes, sin sistema preconcebido, sino con su-

¹ Se alude al educacionista español, Doctor don Valeriano Fernández Ferraz, entonces Director del Instituto.

² Verificar.

jeción á la eterna l3gica, que es en el pensamiento lo que la ley de la gravitaci3n es en el mundo,—sin temor á consecuencia alguna que de ellas se deduzca, porque, cualquiera que sea la sorpresa 3 el misterio que envuelvan, es Dios quien ha hecho el universo, y no hay miedo de que para llegar á Dios se necesite cerrar los ojos; les hemos mostrado el vasto panorama de la Historia, no para decirles que hay una fuerza extramundana que la mueve, sino que es el hombre el que la hace, y que por eso es de ella responsable, en ese inmenso movimiento en que instituciones, aspiraciones, dogmas, ascienden y declinan en flujo y reflujo, como entre los pliegues de una ola prodigiosa,—hay algo de providencial: la ley invariable de la naturaleza humana, que no es la intervenci3n momentánea de lo divino en un acontecimiento aislado sino la constante presencia de lo absoluto en los fen3menos que pasan, y que por la conjunci3n de este monstruo lleno de fuerzas rebeldes 3 inconmensurables que se llama el Universo y de este átomo deliberante y autóctono¹ que se llama el Hombre produce el milagro permanente, el milagro incomparable, el mayor de todos los milagros posibles: la libertad humana;—les hemos dicho que el hombre es un gusano alumbrado por una conciencia. Los hemos acostumbrado á inclinarse delante de los grandes hombres, lo mismo delante de Newton² que fund3 la F3sica moderna, que delante de Kant que fund3 la moderna Filosof3a. Les hemos le3do el martirologio del esp3ritu humano, acusado y perseguido tantas veces en nombre de Dios, por haber buscado á Dios y por haberlo adorado en esp3ritu y en verdad. Los hemos predispu3sto á bendecir la sublime maldici3n que sujet3 el hombre al trabajo, y les hemos dicho

¹ Originario de la tierra.

² Astr3nomo ingl3s (1642-1727) Consagr3 muchos a3os de su vida á la investigaci3n de la Ley de la Gravitaci3n Universal.

que el trabajo para la inteligencia no es creer sino pensar, y el trabajo para la voluntad no es contemplar sino moverse. Los hemos dirigido á buscar en la belleza del arte, no una concupiscencia exquisita para los sentidos sino la seducción que arranca al hombre de viles goces y apetitos indignos, que lo eleva, aun en la vida planetaria, á la esfera de lo incorruptible, que le produce un dolor de que está orgulloso,—la nostalgia del infinito, y que lo hace poseer, á veces, en la turbia, oscura y limitada tierra el cielo sereno y resplandeciente de lo ideal. Los hemos enseñado á amar la familia, pero á amar á la patria,—á amar la patria, pero á amar al género humano; sí,—los hemos hecho entregarse con fe á ese ensueño, ya que así lo nombra con desdén el positivismo desmayado, de ver apagados todos los odios injustos y encendidos todos los santos amores, borrado todo lo que separa á los hombres é incommovible todo lo que los acerca y reúne; de ver—según la frase de la ilustre filosofía humana, tan poco conocida de los ignorantes que la calumnian—«á la Humanidad una en Dios y á Dios uno en la Humanidad»: ensueño augusto, que es una promesa divina, ensueño por el cual abrió los brazos en el infame suplicio de la cruz el Nazareno en el Calvario.

Señores: estas doctrinas tienen que aceptarse ó que rehuirse; entre estas afirmaciones y las que se hacen de contrario, no hay medio. El día no transige con la noche. Ahora bien, un pueblo ó un gobierno que admitiera por criterio de educación las declaraciones adversas, se iría de este siglo, eso es indiscutible;—si gobierno, sería un gobierno criminal; si pueblo, se condenaba al embrutecimiento. Costa Rica aspira con derecho á ser el centro de la confederación centroamericana, aspira á ello?—pues sepa que en la vida social, en la vida espiritual el sol también atrae, como en lo físico, pero no atrae porque es masa, atrae porque es luz; sólo siendo luz será digna de

su ministerio nacional, digna de la América, digna de este siglo, para cuyos rayos—que nadie lo dude—por muchas que sean las manos negras que traten de interceptarla, no hay eclipse posible. Porvenir de luz es el que ansío para ella, yo que miro con tanto orgullo su bandera sobre mi cabeza; yo, que tomé los instrumentos de labor y fui hasta hoy, bajo la égida¹ de la libertad, obrero de sus faenas intelectuales; yo que encontré en su corazón hospitalario, cuando puse junto á él mi fatigada frente de proscrito, esos latidos maternos, que nos regocijan y nos confortan en el corazón de la patria.

Un Periódico Nuevo, Nov. 22 de 1879

El Quijote

Discurso pronunciado en la velada que se verificó en el Teatro Nacional en la noche del 7 de mayo de 1905, en celebración del III centenario de la publicación del Quijote.

SEÑORAS Y SEÑORES:

La fecha que solemnizamos, cumpliendo deberes que nos imponen la sangre y la lengua, constituye en la historia de la imaginación humana efeméride² que ninguna otra supera: la de la publicación de la obra literaria más bella y conceptuosa que ha producido el ingenio de los hombres; una obra que forma por sí sola una literatura, por las imitaciones, sugerencias y comentarios que ha inspirado. Si sólo eso quedara incólume, por cataclismo horrendo, de lo que es español en el mundo, pasarían en vano los siglos sobre el recuerdo de Espa-

⁶ Escudo.

¹ Fecha.

ña; porque en los más lejanos tiempos brillará la gloria del manco prodigioso de Lepanto.

Hay en ese libro inolvidable un encanto singular de la forma: el hechizo de la lengua castellana con todos los tesoros de su música, de su plasticidad y de su elegancia,—con sus ingeniosísimos modos de decir, con su exhuberancia de expresión aquí,—allá con su precisión elocuente, con giros de una gracia única en su especie, con elasticidad sin par. No falta en nuestro tiempo, de curiosas excentricidades, quien suponga que no pueda haber genio en la forma literaria; que el genio está por entero en las ideas. Qué magnífica respuesta la que da el Quijote á esa doctrina, marcando desde las primeras líneas de su prosa el ritmo de aquel verbo singular, que es por sí solo una joya de arte, que todas las naciones que no lo poseen tienen que envidiarnos, siendo ese libro como el ánfora en que con todos sus aromas se guardan las esencias de nuestra lengua peregrina.

Y qué decir de su fondo!

Aquellas figuras de don Quijote y Sancho, tan genuinamente españolas, no dejan por eso de ser admirablemente universales, admirablemente humanas; aquellos retratos tan ideales por la síntesis que encierran, son de una realidad insuperable; aquellas aventuras de que reímos, hacen pensar con hondura. Aquel cuento, exquisito como cuento, es la epopeya del pensamiento humano; aquellas ridiculeces son sublimes; aquella comedia portentosa es, al mismo tiempo, una tragedia imperecedera. Don Quijote con el yelmo del Mambrino en la siniestra mano, con el lanzón en la diestra, con su cimera¹ de cartón pintado, sobre su ruín jamelgo, y el panzón Sancho, sobre su rucio plebeyo, como estatuas ecuestres inconmovibles—así los ha llamado Víctor Hugo,—marcan los linderos de lo ideal y de lo real, entre los cuales batalla y gime el pensamiento humano.

En la interpretación ideal de la vida, que es la

¹ El adorno que se pone en el *casco*, una de las partes del *yelmo*.

tarea del arte bello, ha habido poetas elocuentísimos desde los días hermosos de la vieja literatura de la Grecia. El *Prometeo* de Esquilo, el *Hamlet* de Shakespeare, el *Fausto* de Goethe¹ son obras sublimes que encierran interpretaciones magistrales del dolor que está en el fondo de toda humana existencia, de la lucha interna que hace de cada conciencia un campo de batalla, de esta doble esencia del hombre, que así lo encadena, por una parte, á las miserias de la vegetación que chupa el jugo de la tierra, como hace volar su fantasía, águila de luz!—en aspiración tormentosa y nunca satisfecha, á regiones que presiente, á un cosmos diverso del que pisa, á un espacio distinto del cuajado de miasmas que respira.

La demencia generosa de don Quijote es una protesta admirable contra el egoísmo sesudo que ríe de los arranques caballerescos, de las imprudencias nobles, de los arrebatos ideales. La humanidad no vacila en su marcha, sino por el empuje á veces encontrado de esas dos fuerzas que la agitan: la centrípeta del egoísmo y la centrífuga del sentimiento social que la ennoblece. Don Quijote y Sancho compendian el género humano y su larga peregrinación en el planeta. Ahí está el secreto de las grandes guerras, de las grandes matanzas, de las olas de sangre y de las montañas de ruinas, de los despotismos infames y de las revoluciones vengadoras, de los celos feroces y de las envidias fermentadas, de las soberbias indómitas y de las codicias rastreras; ahí está el eje, al mismo tiempo, de la adoración inmensa á Jesús en Occidente y á Buda² en Oriente, por símbolos y maestros de la abnegación que desarma el egoísmo, de la humildad que triunfa de la soberbia, de la mansedumbre que detiene el paso de las iras, del amor, en una palabra, que acaba por enseñorearse sobre el odio.

1 *Esquilo*, el primero entre los grandes poetas trágicos de la Grecia (525-456 antes de Cristo).—*Goethe*, el más conocido de los poetas alemanes (1749-1832) y autor del *Fausto*. *Wilhelm Meister*. *Las afinidades electivas*. *Werther* etc.

2 Fundador de la religión budista (1024 á 650 antes de Cristo).

Un gran poeta lo ha pintado: es el día combatiendo en el espacio inmenso, armado con sus garras de león y sostenido por sus alas de arcángel contra la noche, armada con sus garras de chacal y sostenida por sus alas de murciélago.

Bien sé que para muchos ha de tenerse por baladí cuanto no aumente el predominio del hombre sobre los obstáculos que opone la Naturaleza á su ventura material, y que en ese orden de ideas, celebrar el aniversario de un libro de literatura americana, tiene que aparecer como pueril. El criterio utilitarista con que los menguados en el ejercicio de las artes bellas suelen, por ruin envidia, menospreciarlas, no puede darse en ser racional capaz de gustar de sus hechizos, y de apreciar su consecuencia, así en la elevación de los goces individuales de la vida, como en la mejora social que de su influjo se desprende, domando pasiones mal sanas y apartando de ruines esparcimientos. Una nación tan positivista como Inglaterra se ocupa ahora, con aplauso general del mundo, en conmemorar la grandeza del poeta egregio ¹ que significa para ella lo que Cervantes para nosotros; la gloria de los libros hermosos, de los mármoles bellos, de las melodías peregrinas,—de lo que hace con los amores puros y las hazañas nobles, la dicha moral de nuestra especie,—es signo inevitable de que si hay fango, también hay luz en el organismo misterioso que nos tocó en suerte, mezcla extraña de los ensueños de un querube y los apetitos de un demonio.

Habréis discretamente notado que de propósito, y como signo de respeto á la gloria literaria que conmemoramos, he encerrado mi palabra, sin permitirle vuelos ni gallardías, dentro de los límites, como si dijéramos, de un lenguaje oficial; sirviéndome de ella sólo para indicar algo de lo que pensamos, aún los hombres vulgares, acerca de la obra memorable, la aparición de la cual, como la de un astro nuevo, alumbró los horizontes de nuestra lengua y de nuestra raza. Sería de seguro ir

1 Shakespeare.

demasiado lejos en el sendero de esta cautela respetuosa, dar por terminada mi tarea de esta hora sin aludir á la unidad en que hay que trabajar dentro de nuestro grupo étnico ¹ para la salvación y debido esplendor de su destino. Tengo á honra ser de los hombres que se sienten tales, antes que americanos ó europeos, latinos ó sajones, pero soy también de los que piensan que sin abandonar ese criterio, sin dar á las divisiones humanas irritantes que las acerben, cabe tomarlas en cuenta para que ningún elemento precioso de los que pueden allegar dicha y civilización común haya de perderse. Admiro y tengo como mías, en cuanto hombre, lo mismo que la grandeza moral de un Washington, la intelectual de un Shakespeare, lo mismo la sublimidad de un Kant ó de un Goethe que la de un Hugo ó de un Descartes; pero no puedo olvidar, sobre todo en esta hora, la gloria de la sangre española que en nuestras venas corre, y creo que en la solemnidad de hoy, que en todo el continente en que España engendró la civilización, ha de repetirse, con eco siempre vibrante, es fuerza hacer sonar la nota del himno que á la vieja madre, con esta ocasión de una fiesta á su lengua, deben alzar las hijas cariñosas y reverentes... Oh España, nación de héroes, nación de mártires, nación de paladines, nación de idealismos sacros, nación tanto de soldados como de poetas invencibles, en este rincón humilde del mundo que tu audacia sacó de las tinieblas, estos tus hijos respetuosos al recordar al hombre que basta para hacerte igual á las más altas de las naciones cultas, como los timbres de Lepanto y Zaragoza² bastan para hacerte igual á las más bravas, se inclinan ante tu nombre, besan con el pensamiento tu bandera y la tremolan enorgullecidos, sin abandonar la suya, como símbolo de honor limpio, de gallardía de empeño y como cubierta y envoltura del libro imperecedero en que si el ingenioso hi-

¹ Como pueblo.

² En el golfo de Lepanto, los españoles vencieron á los turcos (1571), y en Zaragoza, resistieron heroicamente los dos sitios que les pusieron los franceses (1808-1809).

algo en algún modo te simboliza, es porque recuerda la fe y el brío con que has pugnado, estando en ocasiones memorables dispuesta á abrirte las venas, por lo que hace hermosa lo mismo la vida que la muerte; la devoción á lo ideal, ya hagan retroceder tus hijos al Africa que se venía sobre la Europa, ya sujeten con clavos de oro tus oradores y tus poetas la atención y el respeto de la Historia, ya domes tus navegantes y tus soldados la rebelde espalda del Atlántico, para colocar sobre la cumbre de los Andes la Cruz del Nazareno.

La religión de lo bello ¹

SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,
SEÑORAS Y SEÑORES:

Tomo parte con entusiasmo en este acto por el que se levanta en Costa Rica un hogar para las letras y las artes, un punto de reunión para los entusiasmos por lo bello y lo sublime. Lejos de ser de los que piensan que sólo la vida material importa, abrigo la convicción de que si vejetamos como plantas que chupan el jugo de la tierra y sobre ella pacemos, podemos aspirar, al menos á no ser inferiores á las plantas que con sus colores la visten y la perfuman con sus hálitos y á las aves canoras que con sus trinos la pueblan de armonías. Vengan las ideas á zumbear aquí en laboriosos enjambres. Vengan las calandrias y los ruiséñores del arte con sus arpegios y sus rimas. Vengan las mujeres hermosas á esparcir los efluvios de su belleza cuasi celeste, inspiradora y estanciente. Abandonemos por unas horas, de tiempo en tiempo, los afanes y los contentos de la vida vulgar, la prosa del viaje entre el apetito y el tedio; alcemos la vista á los alta-

¹ Discurso pronunciado en la inauguración del Ateneo de Costa Rica.

res en que se levantan puras, nobles, melodiosas ideas, objetos de casto amor y de sublimes ansias: lo bello llena de soles el pensamiento, esparce en él la fragancia de invisibles pebetes, ¹ le hace crecer las alas, le abre nuevos horizontes en la vida: lo bello, moral ó material, es la única revelación que de veras recibimos de lo que debe estar más allá de las fronteras de nuestra vida, más allá de aquellas playas en que se rompen en leves espumas nuestras ansiedades férvidas, nuestra angustiosa aspiración hacia algo que la prosa común no oscurezca con su sombra: lo bello es el reflejo del cielo azul de nuestros ideales sobre la negra realidad de nuestra angustia.

Hace ya tiempo: no había llegado á su mitad la brillante centuria que acaba de extinguirse, cuando comenzó cierto trabajo de zapa contra todas las obras del pensamiento humano que no tuvieran un carácter marcadamente positivo. No satisfechos los demolederos á que me refiero con mirar como juegos infantiles para la humanidad los credos y los entusiasmos religiosos, que intentan un puente imposible entre lo finito y lo infinito, entre lo conocido y lo que parece imposible conocer, querían arrancar del pensamiento todas las flores de lo ideal, encerrándolo en aquellas labores que sólo á la vida material se refieren, como las únicas productoras de ventura, tachando de estériles sus empresas de otro género: bien pudo contestarse á esos mutiladores de la inteligencia, que ciertos trabajos mirados, por siglos, como de pura especulación intelectual, de los matemáticos griegos, han tenido cumplidas aplicaciones en la obra efficacísima de la artillería moderna, con que la suerte de los imperios se decide: pero también puede observárseles que si la cacería del goce no es negada por ellos como característica de nuestra naturaleza,—lo que tachan de especulativo en la labor políti-

¹ Vasos para quemar perfumes.

tica,—por ejemplo,—es lo que ampara en definitiva el campo del cultivador, la fábrica del obrero y la factoría del comerciante, lo mismo que el sueño del místico, el taller del artista, el vuelo de la inteligencia del pensador osado; y que si el goce es nuestro anhelo, no lo hay más exquisito que el que las artes proporcionan: la vida ennoblecida, la suerte humana dignificada, el placer trasfigurado, la inteligencia con las alas abiertas, la sacra llama de la fantasía ascendiendo refulgente á los cielos, el habla como celeste de las musas¹ ahuyentado de nuestra atmósfera el rugido de las pasiones feroces y voraces,—he ahí lo que desdeñan: que el hombre era bestia de las selvas cuando fué traído á vida serena y limpia por el influjo de las bellas artes; del arte, que, como delicada abeja, zumba en torno de nuestro pensamiento, haciéndonos gustar, á través de las congostas de la realidad, la miel del ensueño; que como dorada y reposa vuela con alas de púrpura sobre las espinas de la existencia cotidiana; que como rayo de luz pasa por el mundo de oscuridad y lodo de la vida vulgar,—dejando en ella estela resplandeciente y aromosa; conduciendo á su Dios á los que abrigan la ilusión de conocerlo,—y bastando para los que no lo intentan, como revelación de lo infinito, como vislumbre de lo eterno,—como sombra de lo ideal sobre la vida.

Veinte siglos há que se deshizo en polvo, que se disipó en humo, aquella cultura helénica² tan famosa, que en pedazos de piedra de sus templos en el Museo Británico conservados, en la Venus de Milo aquí, en el Apolo del Belvedere³ allá, en páginas de una literatura, que al pasar por el cauce de otros idiomas apenas guarda el nativo perfume, queda sólo en pálido recuerdo, en fosforescencia errática, en

1 Divinidades de la poesía y de la meditación profunda

2 La de la antigua Grecia.

3 Famosas estatuas antiguas.

eco mortecino de apenas inteligible melodía;— y, sin embargo, qué devoto de lo ideal, qué enamorado de la belleza, al oír sonar el nombre de la Grecia, no siente vibrar su pensamiento á la manera de una lira cuyas cuerdas sacude la mano de una musa? Allá están,—allá están,—allá en la lejanía nos parece contemplarlas,—las blancas estatuas; allá los circences ¹ juegos atravesados por el canto de Píndaro ² coronados por un laurel que nunca se marchita; creemos asistir á su teatro: oír el lamento de Prometeo, el silbo de las Euménides, el ronco acento del furor de Medea, el grito de dolor de Edipo, el grito de venganza de Orestes, el clamor de los siete delante de Tebas³;—ó aquella carcajada de Aristófanes, semejante á la risa de los inmortales con que hace temblar el viejo Homero los palacios cristalinos del Empíreo; contemplamos como se arremolina la plebe entusiasmada, al caer sobre ella, como lluvia de oro, la palabra de Pericles⁴; al pasar sobre ella, como soplo de tempestad, el acento de Demóstenes;—vemos aquellas islas, jardines flotantes de flores y de ideas,—y la bandada de trirremes ⁵ emprendiendo la teoría ⁶ al inspirado Delfos; y en medio de singular legión de sabios, de artistas, de guerreros, de legisladores, de filósofos, altos como gigantes, como cumbres alzadas sobre grandes montañas,—miramos á Platón y Aristóteles ⁷ enseñando, no á la Grecia sino al género humano, no para su tiempo, sino de una

1 Del circo.

2 El más grande poeta lírico de la Grecia antigua (tres siglos antes de Cristo).

3 *Prometeo, las Euménides, Medea, Orestes*, etc., inmortales creaciones del teatro griego.

4 Hábil político y orador ateniense (494 á 429 antes de Cristo).

5 Navíos de guerra de los antiguos, con tres líneas de remos.

6 Embajada solemne que todos los años enviaban los atenienses al santuario de Delfos (Grecia antigua) para elevar ofrendas á la divinidad. El templo del Dios Apolo en Delfos era célebre por la veracidad de sus oráculos.

7 Célebres filósofos griegos (siglo IV antes de Cristo).

vez, el camino de la observación científica y el de la contemplación artística: lo real sin misterio y lo ideal sin nubes,—la doble senda, el doble derrotero que conduce en la epopeya de la humana historia á las grandes cimas, colmadas de claridad celeste, de la verdad, la bondad y la belleza,—que son los tres nombres del Dios eterno y vivo que la naturaleza revela con revelación directa y clara, sin sombras y por lo mismo sin necesidad de sutiles interpretaciones,—en el diálogo entre la creación y la conciencia, que ha sonado en la cúspides más alta de la vida, durante la existencia planetaria.

Cuando, después de la noche de la barbarie, Florencia empezó á despertar en la memoria del mundo el griego que había olvidado, según la frase de Renán: cuando resucitó en Italia el gusto antiguo; cuando se evocó en ella, con magia irresistible, el sentimiento de lo bello; cuando el arte imperó de nuevo, cuando, en conjunción maravillosa, Italia tuvo lo grandioso en el Bramante,¹ por encima de lo grandioso tuvo lo sublime en Miguel Angel, por encima de lo sublime tuvo lo ideal en Rafael; cuando escultores, pintores, grabadores, cinceladores, arquitectos, formaban como una legión, que con sus pinceles, con sus buriles, sus escoplos, sus martillos, parecían dispuestos á forjar de nuevo la tierra, amasando entre sus fuertes dedos el hierro y el mármol de sus entrañas durísimas, fundiendo los metales al calor de sus inspiraciones, poniendo en ellos y en las piedras, con reflejo perenne, el resplandor de sus ideas; cuando Buonaroti lanzaba sobre las bóvedas de la Sixtina,² aquel poema de la pintura, resumen inmortal de las más grandes concepciones religiosas; cuando Sanzio imprimía en las miradas de sus madonas el secreto de lo infinito, la intimidad con el misterio; cuando

1 Famoso arquitecto italiano (1444-1514).

2 Capilla del Vaticano, residencia del Papa.

Benvenuto ¹ realizaba en un botón de chapa ó en el borde de una ánfora ² el ensueño de su musa; cuando Petrarca ³ en sus sonetos peregrinos, canciones de ángel enamorado, Tasso en las estrofas bronceínas de su Jerusalén, Ariosto en sus delirios caballerescos de incomparable melodía, Dante encerrando en lengua singular, chispeante y armoniosa á la vez, cantante y musical, toda la metafísica del catolicismo y toda su mitología, haciendo sonar la flauta cristalina del amor humano, lo mismo entre las llamas del infierno que entre los arrobamientos del cielo, y convirtiéndolo en el serafín más hermoso de todos los de la leyenda;—en aquellas cadencias, en aquellos ritmos, en aquellas orgías de estética, en aquellas medallas, en aquellos bustos, en aquellas lirras: sabéis lo que se encerraba? notáis lo que se inspiraba allí? pues, primero vendrán Vico ⁴ y Maquiavelo, y después Campanella, ⁵ Giordano Bruno y Galileo, hasta que, más tarde, detrás como de una columna de fuego, del pensamiento de Mazzini, detrás, como de la espada de un arcángel, del acero de Garibaldi, vengan, como los caballeros tempestuosos del Apocalipsis, aquellas falanjes de héroes y de políticos, que en batallas inolvidables, en lidia de púgiles que guardarán las perspectivas de la historia, con la inspiración de sus tradiciones, con el respeto y la simpatía del mundo, por sus grandes artistas como por sus grandes pensadores conquistados, con ese apoyo tanto como con su esfuerzo, rehagan la Italia sobe-

¹ Famoso grabador, estatuero y orfebre italiano del siglo XVI.

² Jarrón.

³ *Petrarca*, poeta italiano del siglo XIV, autor del *CANCIONERO*.—*Tasso*, ilustre poeta italiano del siglo XVI, autor de la *JERUSALÉN LIBERTADA*.—*Ariosto*, poeta italiano del siglo XVI, autor del *Orlando Furioso*.

⁴ Filósofo italiano del siglo XVIII, autor de la *Ciencia Nueva*.

⁵ *Campanella*, filósofo italiano del siglo XVII.—*Bruno*, reformador italiano (siglo XVII).—*Mazzini*, revolucionario y escritor italiano del siglo pasado.

rana, independiente y libre que, con serlo, y con haberlo sido á tanto precio, luce sobre la corona de sus monarcas el laurel frondosísimo de sus Rafaeles y sus Correggios, ¹ de sus Dantes y Leopardis, de sus Rossinis y sus Verdis; que nada vale, nada siquiera se asemeja al brillo que dejan en la historia de los pueblos, las grandes ideas que pasaron por su mente, las grandes inspiraciones que hicieron de su genio algo como luminoso faro que alumbra á la humana especie en el mar, proceloso siempre, y á veces turbio y encenegado de la vida.

La Francia, la Inglaterra, la Alemania: qué mágicas evocaciones producen en la historia del mundo esos tres nombres! Descartes, Bacon, Kant, Víctor Hugo, Shakespeare, Goethe! —no hay una provincia del pensamiento, no hay una región de la vida en que cualquiera de esas tres grandes nacionalidades no pueda ostentar una legión de cerebros luminosos tan amplia, al menos, como el calendario de la Iglesia Romana. Son naciones en que la ingeniería tiene portentos, en que la industria hace milagros, en que el comercio es un prodigio; proponedles, por ello, que renuncien á las cenizas y á los recuerdos de sus grandes poetas, de sus grandes artistas;—proponedles que se dejen quitar la gloria de sus vates, de sus soñadores, de sus profetas, de las tribunas de las grandes palabras y de los escritorios de las plumas diamantinas que han dado más perdurable resplandor á su suelo.—Mirad si en ellas el afán de las armas ó los desvelos de la ciencia, ó las barauudas de las bolsas, ó las ansiedades del agio han tenido poder para que se apague la lámpara nocturna del pensador solitario, ó se cierre el taller del artista,—para que enmudezca la lira del poeta. Qué legión de sabios inclinados sobre la retorta del laboratorio! pero

¹ *Correggio*, célebre pintor italiano del siglo xvi.—*Leopardi*, poeta italiano (1798-1837).—*Rossini* y *Verdi*, ilustres músicos italianos del siglo anterior.

qué legión de inspirados estudiando las posibilidades de la lengua para decir las maravillas de la inteligencia!—éste mirando los portentos de lo pequeño en el microscopio, aquél los portentos de lo grande con el telescopio; el otro usando de microscopios y telescopios que no se ven, para decir la miseria y la gloria del pensamiento humano. Economía política, pero rimas también; grandes batallas, pero grandes poemas asimismo; revoluciones en la industria, pero más hondas revoluciones en las ideas. Quién duda que el nombre de Wellington ¹ no ha sonado tanto ni ha producido tantos estremecimientos de la columna vertebral como el nombre de Byron en el mundo? Y aun de este lado del Atlántico, donde el industrialismo, el mercantilismo, la mecánica, se han extremado como en ninguna otra parte de la tierra, podría desdeñar algún norteamericano sin ser merecedor de ignominiosa muerte, el rastro que dejaron en las letras, las lirás de Bryan y Longfellow, la fantasía de Poe, la prosa de Emerson, los sermones de Beecher, la novela de su inmortal hermana, ² la pléyade de tribunos y de periodistas que han hecho aquella libertad y aquel derecho, que son como escudos de diamante de todos los desamparados de la tierra y que, como tuvo no ha muchos días ocasión de recordarlo, lograron que cayera sobre el suelo de los Estados Unidos de un solo golpe, sin conmoverlo, la cadena de cinco millones de esclavos, como eco sublime de la caída de la cruz del Redentor en el suplicio incomparable del Calvario?

Y en nuestra sangre? bastaría el manco inmortal de Lepanto, bastaría el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, cabalgando sobre el huesudo Rocinante, seguido del rústico, pacífico, malicioso escudero en su asno monta-

¹ *Wellington*, general inglés vencedor en Waterloo (1769-1852).—*Byron*, poeta inglés, autor de *Don Juan* (1788-1824).

² Harriet Beecher Stowe, la inmortal autora de *La Cabaña del Tío Tom*.

do, teniendo delante de su pensamiento á la sin par Dulcinea, en la flaca mano la lanza, en el débil cuerpo la armadura, en el ingente ánimo el espíritu del Cid, en torno de las marchitas sienes la aureola de sus propósitos sublimes,—triste y enjuto caballero de lo ideal, mientras lo sigue el robusto aldeano que va en busca de su Insula Barataria, para que en esa compendiosa pintura de la vida,—nunca admirada en demasía,—se coronara el arte español con los laureles del más brillante de los triunfos. Pero no está ello solo. Y el Segismundo¹ de Calderón? y la monstruosa fecundidad de Lope?—y Alarcón y Moreto? y Góngora y Quevedo? y aquella legión, en fin, de genios y de ingenios, de vates y prosistas, de periodistas y tribunos? y Castelar que, por más que el buen gusto haga remilgos y la envidia vuelva la cara,—fué maravilla como el Niágara; y Núñez de Arce, el del arpa de oro? y en cada siglo de su arte cien nombres más que son luceros? y aun cruzando el mar,—aun viniendo á estas regiones nuestras de América, de naturaleza colosal, en que la civilización comienza, son nuestra selvas más hermosas, nuestras montañas más altas que los genios de Bello, de Heredia, de Arboleda, de Olmedo, de la Avellaneda, de Gutiérrez, de Rojas Garrido, de Darío....? No es posible, sin cansancio de vuestro oído y de mis labios, hacer el censo de la tribuna y de las musas.—Ah! hay muchas flores de luz en nuestro cielo, muchas estrellas de hermosura en nuestros pensiles, mucho oro en nuestras minas y en los frutos de nuestra zona, mucha noble hidalgía en nuestro carácter,—mucha angélica belleza y angélica bondad en nuestras mujeres, mucho timbre de grandeza en nuestra breve historia, para que pueda sospecharse que es inútil formar un hogar para nuestras letras, levantar una tribuna

1 Muy grande.

2 Léase *La Vida es sueño*, de Calderón.

para nuestras musas, dar la voz de aliento á nuestra generosa juventud para que se lance á las nobles lides en que la belleza se produce y la gloria se conquista. No, mil veces no: no es solo sembrando la muerte con la guerra, ó inventando máquinas ó contando fardos, como ha de vivirse en este planeta en que la llama de la inteligencia parece más grande que la de los astros del espacio. No, no es cierto que la tribuna y que la lira sean inoficiosas para la ventura del género humano: nos elevan, nos purifican, nos hacen sentir un goce que no parece de la tierra. Grande es el mar con sus oleajes y sus cambiantes de color y sus espumas; imponente el volcán que deja caer el río de lava encendida por sus flancos, el torrente que se precipita desde la roca, el cielo estrellado, que sobre el terciopelo azul oscuro de la noche derrama su cascada de joyas; pero en todo lo que de la naturaleza conocemos, no hay portento de beldad que se asemeje á la del pensamiento, puro de egoísmos y concupiscencias, que en el horizonte del arte explende en levante deslumbrador y majestuoso, y á la de la palabra que como túnica inconsútil ¹ y etérea lo viste sin ocultarlo, lo revela sin disminuirlo y parece hecha de su misma luz, al dilatarlo por el mundo--con sinfonía más poderosa que la del concierto de los orbes, que la de la armonía de las esferas.

HE DICHO

La Poesía de la Historia. p. 19.

Renan

Renan ² ha muerto; hase extinguido con él una inteligencia serena y radiosa que, con suave claridad, alumbraba las mayores alturas de

¹ Sin costuras.

² Filósofo y crítico francés del siglo pasado.

la crítica histórica, filosófica y literaria de nuestro tiempo.

Era el suyo un talento singular por lo perspicuo; por lo delicado, por lo profundo, que entre tantas condiciones sólidas ó brillantes como en él lucían, distinguíase, en primer término, por un equilibrio perfecto. Después de Platón, nadie, ni Macaulay ni Taine¹ han usado un estilo más limpio de redundancias, de adornos falsos, de afectaciones ingeniosas, tan sobrio, tan elegante, tan potente, en cuyas formas se unieran con tan magistral é íntima armonía todos los recursos del arte sin que hilo alguno saltase ó reflejase con mayor intensidad el rayo de la fantasía en aquella urdimbre á que la seda no podría compararse. El tono de su literatura crítica era de una majestad olímpica llevada con una sencillez ejemplar; algo que trae á la memoria aquellos reyes que eran pastores de pueblos, como los llamaba el viejo Homero.

Era, en efecto, un maestro que servía no sólo como oráculo, sino como dechado, que daba á sus discípulos,—casi todo el mundo literario de nuestros días,—no el cañon² frío, sino el modelo palpitante: artista supremo de la palabra escrita, al mismo tiempo que Doctor de sus Academias. Su pluma, como la de Taine, pero con una serenidad mayor, era un buril que trabajaba en piedras preciosas. En sus libros nos quedan tesoros de sabiduría; pero, por fortuna, para muchos que los aprecian más, quedan, así mismo, el perfume exquisito y la atmósfera luminosa de una soberana belleza.

Su ciencia era enorme y estaba admirablemente asimilada. Ello explica, acaso, mejor que cualquier otro motivo, la catolicidad,³ la amplitud, la noble tolerancia del criterio con que juzgaba así en filosofía como en historia; los ignorantes somos los intransigentes; la sa-

1 Escritor y filósofo francés (1828-1893).

2 Regla.

3 Universalidad.

biduría es siempre plácida; el que ha visto toda la vida del género humano adquiere cierto noble excepticismo, que no excluye el entusiasmo, pero que estorba al apasionamiento feroz por opinión alguna de los hombres.

La Historia fue bajo su estudio y bajo su labor, lo que tantas veces se ha intentado: una arte bella, sin mengua de su severidad característica; la interpretación ideal de los sucesos; la reconstrucción, no mecánica, sino con hálito de vida, de un tiempo que fue, de una civilización, de un pueblo, de una raza, que pasaron sobre la tierra y que en ella se hundieron. Pocos hombres, si alguno, han hablado como Renan la lengua de las costumbres, de las instituciones, de las ideas que ya no existen ó que existen á larga distancia de su órgano; tenía en el más alto grado posible la elasticidad plástica que permite á la inteligencia colocarse como la cera en torno de todos los objetos para tomar su molde. No era un pensador indeciso, no era de convicciones levantadas en el aire, sino sobre la roca viva y honda de una sabiduría casi venerable;—su autoridad podía considerarse indiscutible; y, sin embargo, cuán poco autoritario!, cuán poco dogmático en sus juicios! Su existencia, relativamente larga, trascurrió sin un debate violento, sin una frase dura, sin una invectiva, á pesar de haber estado bien adentro en asuntos que apasionan por lo común las opiniones, sin dejar caer en caso alguno de su pluma una sóla gota de la hiel de la sátira, á pesar de haber visto de cerca asuntos que para pensadores de su escuela suelen ser ridículos, y de haberse ocupado, más de una vez, en analizarlos despacio. En medio de aquel París agitado, ruidoso, atronador, la Babel moderna, el laberinto de las doctrinas, el campo de batalla de las teorías, el pandemonium de los sofismas,¹ el circo en que la inteligencia

¹ Argumentos aparentes.

moderna celebra sus combates olímpicos, de aquel París en que las ideas parecen llamas por el resplandor, pero también por lo caudentes, que se ve, por lo mismo, de lejos como un incendio, como un remolino, como un caos luminoso, si la paradoja ¹ se permite; en medio de aquel París, decimos, es un buen espectáculo, algo que tranquiliza y refresca, el de aquel anciano grave, sonriente, dulce, melancólico, conversando á media voz con los mártires, con los apóstoles y con los sabios de otro tiempo, quizás por no tener verdaderamente con quien hablar en los que corren.

La fisonomía del filósofo no era en Renan menos interesante. Por ciertas condiciones de su espíritu, estaba llamado á ser un *positivista*, y lo fue en cierto modo; era harto metódico, harto dialéctico, ² harto escrupuloso en la formación de sus juicios, en el examen de los elementos con que los constituía, para que no descubriese su mirada la línea que separa la investigación posible de la investigación insensata; el dato, del delirio; lo que se piensa, de lo que se imagina; lo que se cree en virtud de las leyes de la inteligencia, de lo que se cree porque se quiere creer, volviendo la espalda á la luz de la razón, apagándola cuando su claridad nos importuna. Pero si ante esa línea se detenía circunspecto, nunca tuvo una palabra de insulto para los que la cruzaban; los acompañaba, por lo contrario, con mirada respetuosa, algunas veces con admiración, siempre con amor, y en algún caso, daba suelta á la fantasía para que cruzase también el equinoccio formidable: sólo que entonces la dejaba ir como globo cautivo, conservando en las manos el hilo salvador que debía llamarla á su punto de partida y guardar la señal, en algún modo, del espacio ilícito recorrido, para que no hubiese extravío del raciocinio bajo

1 La contradicción.

2 Que razonaba con método y exactitud.

el influjo de sus narraciones de viaje. Tenía en su entendimiento la balanza que se ha atribuído al de Voltaire, tan fina que en ella podía pesarse un cabello; sólo que la de Voltaire, por lo mismo de ser tan fina, se desequilibraba con un soplo, y sobre la de Renan pasaba sin alterar su fiel el huracán de las pasiones.

Por otra parte, su positivismo era idealista; veía bien el mundo de la materia, pero veía también el mundo de la idea, y estaba animado por lo tanto por el impulso sacro y por la esperanza sublime que acaso se haya cumplido ya en este momento; no era un creyente; pero sí un hombre alta y profundamente religioso; lleno de piedad, de unción, de recogimiento ante el misterio insondable y augusto que envuelve nuestra vida y nuestra muerte.

Su «Vida de Jesús», el más famoso de sus libros, pudo mover la cólera fácil del dogmatismo católico; pero, quién puede negar que es un libro serio, de estudio sincero, de tolerancia llevada hasta el colmo, de pensamientos altos, penetrado todo él por una emoción hondísima y por una ternura infinita? No fue al pie de la cruz en la peregrinación de los devotos ciegos por la fe; llevaba los ojos abiertos, pero llenos de lágrimas; no fue un espectador deslumbrado, pero tampoco burlón ni indiferente, ante el drama del Calvario, la más hermosa y más patética tragedia que ha pasado ó se ha concebido en la tierra; no trajo del Gólgota escapulario ni reliquia alguna tocada en el monte en que espiró quien ni él ni nosotros vacilaríamos en llamar «Nuestro Señor,» porque es nuestro maestro y nuestro ideal; pero de esa romería, nunca en vano emprendida, trajo santas tristezas, una emoción imborrable, nuevo y vigorizante alimento para su idealismo de filósofo y de artista; y cuantos hemos tenido la feliz intimidad de su pensamiento, aunque sea á través de la lectura, hemos saboreado algún sorbo de la miel de sus abejas.

del Cedrón, algún hálito de sus rosas de Jericó y de sus lirios del huerto teñidos por el sudor de sangre del Nazareno.

Ahora se ha ido, pero tenía concluida su obra, tenía hecha su tarea: no es un artífice que deja la joya á medio cincelar. No es una columna rota, un obelisco¹ destrozado en lo alto, un día que se eclipsa cuando comienza la tarde: esta calamidad no aflige por lo prematura, sino por lo grande. Es probable que su agonía, es seguro que su muerte han sido serenas y tranquilas, sin sobresaltos, sin inquietudes, sin remordimientos, sin convulsión terrible de ver ó imaginar, sino como un sol que se pone.

La Poesía de la Historia, p. 115.

Octubre de 1892

La mentira poética²

.....

La Grecia, antes de ser el hermoso pensil de la fantasía, que tanto admiramos en la historia, fué como la selva virgen de la imaginación, cuando, como ya lo ha pintado un poeta ilustre, parecía adelantarse en en el azul movible del Mediterráneo, temblorosa de impaciencia aguardando el beso de la civilización, á la manera de la doncella tímida, pero curiosa, que aguarda la primer visita íntima del esposo. En vez de lo que podría llamarse el rosal florido, la camelia llena de majestad, la dalia opulenta, la violeta de perfume sutil y penetrante, había entonces en ella algo como la vegetación desordenada y pasmosa de un bosque de ficciones: el dominio imperial de la dulce mentira poética,

¹ Columna solitaria.

² Conferencia dicha en la velada que en honor de Zambrana celebró el Ateneo de la Habana, el 20 de abril de 1907.

invención feliz de una divinidad propicia para atenuar las realidades horribles y grotescas de la vida.

Así,—todo á sus ojos se magnificaba: no es un fenómeno físico lo que hace que se rompa con la luz el velo de la noche; es la divina Aurora, que precede el carro refulgente en que Apolo ¹ mismo excita la cuádriga ² radiante; no es el reflejo del sonido en un obstáculo que encuentra en su marcha lo que hace que se repita una ó varias veces: es la bella ninfa Eco, ³ loca de amor, que corre entre la selva; no es la salvaje armonía de agua que se precipita entre rocas lo que precede y anuncia la sirte ⁴ peligrosa: es el canto de las sirenas crueles, ansiosas de atraer para su pérdida al navegante incauto; no es la sonrisa de una mujer encantadora la que enciende en el pecho la fiebre tormentosa del amor: es la flecha de rapaz donoso, ⁵ hijo de Venus, que se entretiene en arrojarnos su saeta. Oís cómo silba el viento entre las ramas? son las ninfas que juegan. Veis cómo se estremece y se hincha el mar que el aire llena? es Neptuno ⁶ que pasa,—y así, casi sin límites,—sin más límites que los del orbe conocido, la flora de mentiras hechiceras con que la imaginación de aquel pueblo genial cubre y perfuma todas las asperezas de la vida.

En este edén de la ficción, Apolo, la divinidad del día, es también la de los artistas, y así, propiamente, de la misma aljaba, ⁷ sale la flecha de luz que atraviesa y aniquila la sombra de la noche y la que rompe los velos con que la vida material envuelve nuestro pensamiento, y lo aguija y lo acosa hasta hacerlo volar,—mariposa atraída por la lla-

¹ El Sol, la más gloriosa y bella de las divinidades creadas por los antiguos griegos.

² Los cuatro caballos

³ Desdeñada por el frívolo Narciso, la encantadora ninfa Eco huye tristísima á los parajes solitarios de la selva, languideciendo allí, hasta no quedar de ella más que su melodiosa voz.

⁴ El banco de arena movable.

⁵ Cupido, hijo de Venus, diosa de la hermosura, y de Marte, dios de la guerra.

⁶ Dios del mar.

⁷ Caja para flechas.

ma de lo sublime,—en busca de las regiones que sólo la fantasía mira sin vértigo, en que la estrella de lo ideal expande el resplandor de su misterio: el arte y la luz tienen así la misma fuente, el mismo origen en lo alto, como tienen en la vida la misma misión, el mismo empeño; hacernos mirar hacia arriba, apartarnos de lo oscuro y de lo mezquino, hacernos sentir aquellas alas de que hablaba Platón, ¹ con las que subimos sin estorbo á las regiones de la belleza incorruptible.

Sentía aquel pueblo la adoración de la forma, la religión de la belleza: su poesía no fué, como suele ser la nuestra, menguado artificio, en que se finge una vida distinta de la real, y en que la música de la expresión depende casi por entero de una canturía, á veces pueril ó fastidiosa: la poesía griega copiaba la vida como espejo maravilloso, pero con selección tan atinada, con interpretación tan exquisita, con simbolismo tan admirable, que batallén sus héroes ó sientéense á las delicias del festín, esgriman la lanza, ó disputen sobre la posesión de la cautiva, que dos guerreros, pastores de pueblos, como los llama el viejo poeta, ² apetecen, quedamos, aun asistiendo de tan larga distancia al espectáculo, absortos y deslumbrados, como si presenciáramos que se realizase cuento de magia ó prodigio de hechicería; y advertid que entonces, ruda y sencilla

¹ El alma, dice Platón, es semejante á un carro alado, del que tiran en opuestas direcciones dos distintos corceles, dirigi los por un auriga moderador: es propio de las alas llevar el alma hacia lo alto: pero en aquel lugar celeste de sin par hermosura á donde se dirige el vuelo, no se puede llegar con facilidad, por la fuerza del caballo partícipe de lo malo que tira hacia la tierra; al encontrarnos con alguna hermosura, aquel caballo quiere arojarse sobre ella para disfrutarla, aguijado por el bestial deseo: pero el otro, cuando es enérgico, contiene el impulso y da tiempo al auriga para que piense en la hermosura tal como es en sí, asentada sobre casto fundamento, destello de lo divino é inmortal, forma y revelación de íntegras, puras y sublimes ideas, inspiradora, antes que de bestiales arrebatos, de santo temor y reverencia. El hombre que no es capaz de estas impresiones y de estas ansias, vase como un cuadrúpedo tras el deleite. (A. Zambrana: *Ideas de Estética, Literatura y Elocuencia*, pág. 16 y 17).

² Homero, cantor griego á quien se atribuyen dos admirables relatos poéticos: la *Iliada* y la *Odisea*. Probablemente murió por el año 900, antes de Cristo.

la existencia, no estaba adornada con los embelecocos que ahora nos fascinan, y ni el traje era máquina complicada, ni el tocado una ciencia difícil, ni los utensilios del hogar formaban como confuso laberinto. Cuando nos entramos por las páginas de Homero, como por entre altos y corpulentos árboles de encantada selva, qué espectáculo, sin embargo! tal como si estuviéramos en otro planeta. Y aquella lengua, es decir, aquella forma de poesía, apenas en nuestra ignorancia entrevista, así como si se descubriera un metal nuevo ó una piedra preciosa. Y el ritmo, el secreto de la armonía del verso, música verdadera, no de rimas baladíes, sino de acentos admirables, que dan al lenguaje, no apariencia de juguete de niño, sino estructura tal, que la idea marcha en él lenta y severa, ó salta y danza en arrebatados giros, apenas disimulada, apenas vestida, mostrando las curvas de su forma íntima, á la manera que en los opulentos mármoles que en ruinas poseemos, sin pudor mentido, desnudos los pechos palpitantes, como dice Núñez de Arce, sin disfraz el torso robusto, sin cubierta que turbe el espectáculo de la egregia visión, luce la Venus que los griegos soñaron, ó el Apolo altivo, ó el Hércules ¹ magnífico, ! sacramento de lo ideal, cristalización excelsa, como por genio de dioses realizada, de las ideas de la fuerza, la inspiración, la belleza femenina: condensación magistral é insuperable en que la fantasía griega luce el poder con que penetra hasta el fondo de los abismos recónditos de la Naturaleza, y saca afuera, en mitos singulares, lo que se esconde en las entrañas del misterio que tiende á nuestro rededor sus velos, como telas de araña, en que nuestra perenne curiosidad se agita y nuestro ansioso pensamiento se atormenta.

Bien sé que hay un reparo que oponer al entusiasmo que en pro del arte manifiesto. En Grecia como en Roma, en la Corte de Lorenzo ² el *magní-*

¹ Uno de los héroes más célebres de la fábula griega. Se distinguió por su corpulencia, su fuerza extraordinaria y por las peligrosas hazañas que realizó.

² Lorenzo de Médicis, jefe de la República de Florencia.

fico como en la del brillante Luis XIV, el arte ha sido á veces especie de mercenario indigno, que pasaba con facilidad del delirio Apolíneo al Báquico delirio,¹ que puesto de hinojos para implorar la inspiración del númen,² permanecía humillado para desempeñar las funciones de vil cortesanía, y el olvido de los intereses vulgares de su fiebre sublime ha solido confundirse con el olvido de los intereses más altos y de los deberes más sagrados. No es por cierto ese arte el que pondero, y en cuya pro me exalto: rindo homenaje al arte que es elevación de todo el pensamiento, al que ennoblece la vida, al que purifica el deseo, al que agranda la visión de la realidad, y pone en contraste con ella el fantasma sublime de las aspiraciones ideales, haciendo amar lo que es de veras bello en nuestra vida que es lo que en ella hay de grande, verdadero y fecundo. En aquel arte en la contemplación del cual, que era luz de su tiempo, se educaban los héroes griegos, para morir por el deber y para beber la cicuta por la verdad del docto Sócrates,³ el que hacía sonar como clarín formidable el acento de Demóstenes contra el tirano Macedonio, el que inspiró la tragedia de «Los Persas»,⁴ el arte alzado y bello que dictaba sus versos á las indignaciones de Juvenal: tremendo como el arcángel que hablaba á veces junto al oído de los profetas de Israel, jamás abyectó cortesano ni tampoco ministro de la orgía.

Si se estudia con detenimiento la urdimbre de los mitos que los griegos soñaron, á cada paso en el estudio, es más intensa la delicia. Qué invención tan ingeniosa y armónica la de aquella fábula sutil! Á quién no hechiza la leyenda de aquellos mon-

(siglo xv) y protector de las letras. — Rey de Francia (1638-1715) también favoreció las artes, las ciencias y las letras.

¹ Es decir, de la abyección á la orgía.

² Dios.

³ *Sócrates*, el más célebre filósofo de la antigua Grecia (siglo v antes de Cristo) — *Demóstenes*, el más grande de los oradores antiguos y uno de los más ilustres ciudadanos y estadistas de Atenas (385 á 322 antes de Cristo). — *Tirano Macedonio*, el Rey Felipe II de Macedonia.

⁴ Tragedia de Esquilo.

tes, el Parnaso, el Helicón, el Pindo,¹ en que el laurel, el enebro y el mirto consagran su belleza y su frescura para alivio y adorno de la fiebre del arte, y corre la fuente Castalia² sosegada, para ofrecerle la inspiración que sus ondas encierran? Envueltos en los pliegues del *peplum*,³ hiriendo con el plectro las cuerdas de la lira, los dioses mismos se extasían, cautivos del hechizo que el arte soberano impone aun á los seres inmortales, y ya se narran con magnífico acento, las hazañas de Hércules, ya se celebran las nupcias del sueño con una de las Gracias,⁴ ya se recuerda la aventura de Psiquis,—símbolo del alma, que amada por el amor mismo, y advertida por él de que el misterio y la sombra son indispensables para que no se turbe su ventura, cede á la curiosidad que la atormenta, quiere contemplar la belleza de su ídolo, enciende cautelosa una bujía, y absorta en el embeleso que haber penetrado el misterio le produce, comete una imprudencia que hace que despierte el amor, y huya y se desvanezca, dejándola aterrada y viuda. Símbolo eximio de esta vida nuestra, en que el placer se sueña más que se goza, y en que leve, mínimo contacto con la realidad, basta para que los delirios se evaporen y se desvanezcan los ensueños!

No caben en mi plática modesta todas las bellezas de aquel tesoro, ni es mi intento menguarlas diciéndolas torpemente de prisa, fuera de las condiciones, en fin, para que luzcan su primor y lozanía. Levanto sólo una punta del velo que las cubre, que más no cabe en mi palabra,—las evoco en vuestro recuerdo, las señalo en vuestra atención, seguro de que con eso se abren horizontes espléndidos y surgen fantasmas de singular belleza y donosura en la mente de cuantos me otorgan en este momento la merced de su atención. Bien está decir

¹ *Parnaso, Helicón, Pindo*, montañas de la Grecia antigua consagradas á Apolo y á las Musas.

² Fuente consagrada á las Musas.

³ *Peplum*, vestidura exterior, amplia, suelta y sin mangas.

⁴ *Plectro*, instrumento para tocar las cuerdas de la cítara, la lira, etc.

⁴ Eran tres lindas doncellas al servicio de la diosa Venus.

que la vida no vale sino por su prosa corriente, por su vegetación oscura, por los intereses materiales que la alimentan y vigorizan: después de todo, lo que eso quiere decir es que no vale sino por los goces que produce,—y no hay manjar terreno ni vena de las viñas que compararse puedan al néctar delicado y á la ambrosía exquisita símbolos del arte y alimento de los dioses del Olimpo⁵ en la fábula griega,—que supla ó se asimile al hechizo bien real, á la caricia de la sensibilidad, al goce en lo hondo sentido con que el arte nos inunda, haciéndonos olvidar nuestras congojas de la vida común, trasformando en sublimes ansias nuestros tedios, consolando nuestras tristezas, dando á la vegetación de la vida nuevo precio, abriendo á la mirada del pensamiento, nuevos horizontes, los únicos que le son del todo gratos, y que alivian su angustia cuando golpea con el ala impaciente y dolorida la barrera del misterio,—tras la cual se esconde la solución de que no podemos prescindir sin que la vida parezca mentira triste ó enigma tormentoso.

Los griegos vieron en torno suyo fenómenos que no eran resultado de su actividad, de sus agencias, y que á las veces iban en contra de sus deseos: los supusieron, por lo mismo, la obra de una actividad extraña: los vieron múltiples, y no con poca frecuencia contradiciéndose los unos á los otros, é imaginaron con semblante de lógica divinidades varias, independientes, en cierto modo, entre sí; observaron fatalidades misteriosas, que iban, en ocasiones, contra el curso ordinario de esas voluntades superiores, y surgieron en su mente los mitos del ciego azar y del implacable destino, del cual, no sólo los hombres, sino los dioses, son en su fábula verdaderos juguetes. Más tarde llegarán con Sócrates y Platón á la concepción del Dios único, y del Verbo, que con el hombre lo comunica; la ciencia experimental, escasa entonces, no alcanzaba á ver la fijeza, á veces terrible, á veces des-

⁵ Montaña de la Grecia: en una de sus cumbres moraban los dioses de los antiguos griegos.

piadada, siempre indiferente á nuestras cuitas, ¹ con que las estaciones ruedan y las lluvias caen y los aires se alborotan ó se amansan, y los sembrados florecen ó se abrasan, y como por el encuentro y choque de esas mismas leyes, que parecen ocasionar indiferentes, quizás por nuestra miopía, lo mismo el goce que la pena para los míseros humanos, ya la tibia y perfumada primavera parece alegrar para siempre los campos, abriendo y pintando los pétalos de la flor, derramando el perfume de su aliento en su crespó seno, hinchando la pródida simiente, dando verde á las hojas, anunciando el dulce fruto, desplegando en los aires y las aguas, en el cielo y la tierra, virginal hermosura, cuando como por torvo ceño, como por hálito empozoñado de una divinidad maléfica, viento de muerte arranca la rama; esparce y barre las purpúreas flores, caldea y hace silbar el aire arrebatado, marchita antes de que se redondee la dorada poma, contrasta con el hielo de la muerte la refulgente vida,—y el hombre, loco de angustia y sobresaltado, cae de hinojos en el polvo, y levanta templos, y fabrica altares, y pide, humillado por su dolor, con la fantasía y el sentimiento de su debilidad y de su miedo, la piedad de Ceres ² para sus campos, la piedad de Neptuno para sus mares, la de Júpiter para sus tempestades, la de Diana para sus cacerías, y ve detrás de cada sonrisa, ó cada aparente arrebató de ira de la Naturaleza, una deidad misteriosa, antes de que aleccionado por su perenne desventura, aguijoneado y engrandecido por su inmensa desdicha, haga penetrar el escalpelo y coloque el crisol del análisis en el seno mismo de la fatalidad que lo envuelve, sujete bajo la garra del puente el furor de las aguas, mida con su compás la órbita de los astros, y los tome para pasarlos en el hueco de su mano, encienda con la electricidad un nuevo sol en el espacio, suprima con el telégrafo las distancias, con la imprenta el tiempo, con nueva luz el

¹ Aflicciones.

² *Ceres*, diosa del trigo y de las mieses; enseñó la agricultura á los hombres.—*Júpiter*, el primero de los dioses griegos.
—*Diana*, diosa de la caza y de la pesca.

espesor de la materia, y mientras se prepara á desvanecer otros misterios, á cruzar el aire con vuelo que las águilas envidien y á vencer, acaso, todas las asechanzas de la muerte, vuelve la vista á los albores de la infancia, y no puede soñar otra más bella que aquella que los mitos griegos hechizaron y en la que, sobre las driadas¹ y las náyades y las ninfas esbeltas, se alzaba la vista para contemplar á las divinas musas tendiendo el horizonte de lo ideal á la vista de la vida para consuelo de su angustia y para alivio de sus inexorables dolores.

Vivimos, por lo común, en vaivén miserable entre el apetito y el tedio; apetecemos con ansia ardiente, que llega á ser una angustia, y que es siempre cuando menos una desazón, y cuando logramos lo apetecido, le volvemos la espalda con desdén, para sin darnos punto de reposo, aquejados por insufrible vacío, correr tras un nuevo engaño.²

De esa servidumbre miserable, de ese vagar anhelante del apetito al fastidio y del fastidio al nuevo deseo, tan vacío de realidad como el primero, sólo se escapa por dos puertas; la santidad y el arte. La santidad es el aniquilamiento de nuestra voluntad individual en lo que tiene de concupiscente y egoísta para subordinarla á lo que puede ser para algunos la voluntad conocida de un Dios vivo, aquella ley que según San Pablo está escrita no en tablas de piedra, sino en las del corazón humano, según otros, que miran como impersonal á lo divino, á las grandes leyes de la Sociabilidad humana y del respeto á la dignidad de la propia naturaleza racional: de aquí la vida ascética⁴ ó noblemente emplea-

¹ *Driadas*. *Náyades*, fueron diosas que vagaban por los bosques, eran un grupo entre las *Ninfas*: estas frecuentaban los ríos y las fuentes.

² Víctor Hugo admirablemente lo ha dicho:

*Vuelan como el insecto dorado de las flores
las glorias de la vida, y tras sus esplendores
nuestro paso se avanza:
mas ay del ala de oro, de púrpura y de rosa,
cuando el niño en sus manos coge la mariposa
ó el hombre su esperanza.*

³ De retiro, de meditación y estudio.

da, sin frívolos apetitos ni vulgares tedios, y que no es raro que hagan terminar el heroísmo y el martirio. El arte es también una emancipación. El artista,—y se puede llegar á serlo, sin producir la belleza, sabiendo gustar de ella; el artista, decía, se distingue del hombre vulgar en que al contemplar la Naturaleza, la mira con desinterés completo, sin ansia de reducirla á ser el instrumento ó el pasto de sus apetitos: la Naturaleza es para él un espectáculo en la contemplación del cual se absorbe, y que le proporciona emociones inefables de un orden excelso: por eso, y sólo bajo esa condición, puede penetrar sus arcanos y alcanzar el privilegio de interpretarla. Mira el mundo y la vida como espectador imparcial, no como histrión¹ ansioso de representar un papel en la farsa, y de tal manera se sumerge á veces en la delicia y en el estudio de su observación ansiosa, que está como distraído, sin atender á lo que le dicen los que andan muy interesados en el tráfago de la vida vulgar, sin notar siquiera, acaso, lo que á ellos más les preocupa, y sin cumplir con frecuencia las formalidades ordinarias por ellos establecidas. Pasa por demente, dice Platón, porque ama las cumbres, y desprecia los valles que en la vida vulgar se apacienta; pero este delirio que lo tiene dementado es harto superior á la sabiduría prudente que al vulgo de los hombres enamora. Sólo por él se goza la belleza recóndita, invisible para vulgares ojos, que está en el fondo de la vida. Ella es la que cuentan las mentiras del arte contradiciendo la verdad aparente que está en la superficie. Las locuras del hidalgo manchego, el socarrón buen sentido de Sancho, las visiones de Dante, que trasladan al cosmos de la fantasía los dolores y las delicias de la realidad, sublimándolas,—la angustia de Hamlet, que al tener que despreciar á su madre, mira la vida con ojos espantados, las maldiciones sublimes de la sátira, las emociones épicas y dramáticas, aun las canciones y las serenatas del lirismo sexual,—forman una grandiosa interpretación de la vida, que

1 Comediante.

es el mejor reposo de la que nos rodea y nos atormenta con su realidad miserable y antipática. Ello es como un refugio, como un asilo, como un mundo en que podemos descansar, de aquel en que vivimos y en el que andamos agobiados bajo el peso de las angustias cotidianas. Un mundo en que las ideas cantan como los pájaros, ó se abren como flores fragantes que buscan el calor y la luz del cielo. No hay elocuencia comparable á la de los grandes poetas, ni hay verdad comparable á la que se encierra en el fondo de sus farsas, en la esencia de ese tejido de mentiras que encierran la sustancia de la vida,—tal como puede gustarla el pensamiento capaz de comprenderla. Sólo un historiador como Tucídides ó un orador como Demóstenes pueden compararse, por su intensidad de expresión, con los poetas soberanos que han repetido el portento de la creación en el cuadro que forman juntos sus creaciones prodigiosas. La historia, en efecto, y la elocuencia son artes bellas que hacen á su manera con las mentiras de la imaginación, el mismo milagro que las otras, y el resultado final de sus empeños es unir á los hombres, mostrándoles su común miseria, y su común anhelo de ideal en este buque que hace agua de la existencia cotidiana. Lo que se desprende de las grandes obras de arte y flota como atmósfera de sus prodigios es, al mismo tiempo que la queja del dolor de la vida, á través de sus ilusiones,—que la música dice también, mejor acaso que las otras, sin palabras,—es el acercamiento fraternal. que es el mejor consuelo para todas nuestras agonías,—el crecimiento del amor humano, que arranca á todo dolor su ponzoña, á todo acíbar su amargura, á todo quebranto su fatiga, que levanta la luz de la mañana en la noche del odio, que hace que se arrodille la soberbia, que cura las iras, que es la religión definitiva, la ciencia suprema, que trueca en fuego sacro los ardores de la concupiscencia, que es la panacea y el alborozo del mundo, faro radiante sobre las tempestades de la vida, amor cuyas alas tiemblan en estos momentos sobre nuestras cabezas. mientras llama mi humilde palabra á vues-

tro pecho; la fraternidad santa, que al unir la desdicha con el amparo, el dolor con el alivio, la piedad con la desesperación, une para el creyente la Tierra con el Cielo,—y es para el escéptico la única estrella de lo ideal que pasa por el horizonte de la vida común rompiendo su tiniebla.

Para este pueblo, que tanto amamos todos, no me infunde envidia el espectáculo de la fuerza formidable ni el de la opulencia, brilladora, ni aun el de la ciencia egregia; con vida sencilla puede ser, por entero, dichoso; colocado al abrigo del trópico, que hace de su tierra pensil y granero á la vez, que lo perfuma con sus hálitos, lo alegra con sus flores, lo sustenta con sus frutos y lo entusiasmo é idealiza con claros horizontes en que la hermosura de los astros en todo su magno hechizo resplandece, de noble historia, de viril carácter, de corazón tan bondadoso como noble,—bien pueden sus poetas, que sus turpiales envidian, cantar á su oído el evangelio de la fraternidad hermosa, que al colmo de la ventura lo llevara, si en ella inspirase los actos todos de su vida.

Mientras el sello del egoísmo los sombrea,—la inteligencia alta, el sagaz ingenio, aun el honor pulcro, no logran despertar sino simpatía fugaz en quien despacio los contempla. Sólo el pensamiento que se derrama en luz para los otros; sólo la mansedumbre obstinada en romper cadenas, en curar dolores, en levantar á los caídos, se alzan ante el respeto y la ternura de los hombres en pedestales que ninguna mala pasión hace temblar. Requieran nuestros poetas la lira de oro, y dando la espalda al llamamiento de la Venus vagabunda, entonen los himnos de la concordia, la canción sobria del carbón y el hierro,—el poema de la dulce paz que acabe con la tristeza de la patria. Como llama las gallinas á sus polluelos, para que se guarezcan bajo sus alas, si teme que algún peligro los amenace, llamad,—¡oh bardos!—á los que sufren, y los que el frío del aislamiento hace tiritar, á los que se esconden en el rincón oscuro para conver-

sar con su pena, ó con su remordimiento, llamados al festín de vuestra musa. Al festín de la palabra de oro, de la palabra que fulge en las tinieblas, de la que cae para refrescar, como el rocío, de la que cae después de volar y de recibir la fecundidad de las alturas, de la que se trasforma al caer en lluvia de simientes para la cosecha de las ideas generosas, de los sentimientos elevados. Decid las dulces mentiras del arte á los que lloran las realidades de la vida.

Porque, insisto en ello, se llama mentira á la verdad que no se ve, que el entendimiento vulgar no sospecha y que la mirada del artista saca de lo profundo. Qué ves tu, hombre vulgar, en ese árbol cerca del cual pasas con entera indiferencia? Nada, si no te es dado convertirlo en dinero. El poeta, sin embargo, se ha detenido, temple la lira. Oye, pues, y recoge la enseñanza. Oh árbol!—dice—primer testigo de la vida humana dignificada; con tus entrañas se hizo la primer casa sólida en la que la civilización comenzó su tarea, con tus ramas y tus verdes hojas el primer agreste altar, en que el hombre empezó á levantar su pensamiento á lo infinito; en tí se grabaron las primeras palabras que el hombre comenzó á escribir sobre la tierra; sobre tu tronco hendido cruzó el primer nauta que puso por peldaño de su ambición y su curiosidad la cresta altiva del mar alborotado; tú, aguzado primero, y luego endurecido por el fuego, diste su primer arma al débil contra el fuerte; y cuando todo pasa, cuando los alborozos y las tristezas de la vida se apagan en la muerte,—entre tablas de tu seno salidas, sobre tabla de tu seno labrada, dormimos el sueño reparador de todas las congojas; y entramos en el universo de la nada ó en el universo de lo ideal: oceanos igualmente inmensos que se confunden en un punto.

Formas varias, criterios distintos del arte: comprenderéis, sin duda, que no busque en esas regiones de las ideas el material de mi discurso. A mi modo de ver el arte bello es la interpretación ideal de la vida, cristalización análoga á la del diamante: el resplandor aprisionado por el carbono; el

carbono trasfigurado por el resplandor. Un idealista como Murillo¹ y un realista como Velázquez, geniales ambos, resuelven el problema, sin discutirlo, en obras imperecederas, que de igual modo aprisionan la admiración y el embeleso. No creo que haya uno solo de mis oyentes que no se dé cuenta de lo que llamo en términos generales, la mentira poética y del sentido en que afirmo que esa mentira es una de las más grandes y nobles verdades de la vida.

Y no quiero continuar desarrollando ideas que en mi concepto lo han sido lo bastante,—porque— he de ser franco, deseo, al encomiar el arte, mover el ánimo de nuestros hombres de letras hacia más amoroso estudio de lo antiguo, superior á mi ver á lo moderno con excelencia indiscutible, y me contentaré para finalizar esta conversación, con recordaros al Prometeo mitológico,—que el teatro de Esquilo evoca, permanente, no superado símbolo del genio; de Prometeo, que castigado por Júpiter por haber robado, para que lo aprovecharan los hombres, el fuego del cielo, es sometido á tormento perdurable, atado con férrea cadena sobre una montaña del Cáucaso, mientras hambrientos buitres devoran sus entrañas, que renacen sin cesar, para que el tormento no se agote, emblema del trágico destino que toca por lo común al genio, sujeto á la roca de las preocupaciones, mientras lo insulta la calumnia, mientras la envidia lo muerde sin cansancio;—y emblema hasta cierto punto de toda la humana existencia, atada á la roca de su impotencia, mientras la devoran sus deseos, y sin otro alivio que el que así como en la tragedia del sublime poeta traen al torturado las ninfas del mar con su canto de piedad y de consuelo,—sin otro alivio que el que las artes con su canto egregio dan á nuestra pena, haciéndonos soñar en ilusión incomparable, que hemos abandonado la dura cárcel de la realidad y dejando tras de nuestro paso la barrera de lo sublime, de lo ideal y de lo eterno.

Poesía de la Historia, p. 9.

¹ Murillo, célebre pintor español del siglo xvii.—Velázquez, arquitecto y pintor español del siglo xviii.

La palabra

El arte literario es la interpretación ideal de la naturaleza por medio de la palabra. La palabra fué en su origen como la tosca choza del salvaje, el medio sólo de satisfacer una necesidad, y así como en épocas de civilización rudimentaria, el aire y la luz comienzan á penetrar en las proporciones debidas en el ya cómodo edificio, así la ciencia del lenguaje da á la palabra la elasticidad necesaria para que con ella, como con una moneda, se verifique con rapidez y perfección el comercio de las ideas. Pero llega una época en que el hombre no se conforma con que la piedra lo envuelva como un manto, que lo cubra de los rayos del sol y lo proteja de la furia de los vientos; la ancha bóveda sigue entonces la línea del firmamento azul; toda suerte de caprichosas lámparas brillan en su seno como constelaciones tomadas al espacio; la columna coqueta no se levanta á sostener la anchurosa techumbre sin doblarse en armónicas curvas ó dibujar maravilloso ramillete; cuajan los relieves coro de melodiosas ideas sobre la imponente fachada; labórase la piedra en velo de sutiles encajes y en primores de bordado; la ojiva de cristal multicoloro descompone en mil cambiantes la luz, ó la torre altísima sube como una aspiración inmensa hacia el éter insondable. Tal sucedió también con la palabra, y aunque para hacer su historia la hayamos comparado á la arquitectura, no está ella por cierto á tan estrechos límites reducida: la palabra pinta también, no con los siete colores del iris, sino con los infinitos matices de la fantasía; cincela y dora las ideas, esculpe en magníficas estatuas la imagen de las grandiosas concepciones del humano genio; toma á la música sus ecos al decir las ternuras del amor y al hablar en general la lengua del entusiasmo; compendia, en fin, en un arte supremo, todas las artes: que nada hay

comparable en el mundo á este trabajo de dar huesos y carne á las ideas; gestación sublime de cuyo seno surgen esos monumentos que guardan la memoria de la marcha épica del género humano sobre la haz de la tierra, parten esos soplos sagrados que parecen venir del cielo de lo ideal y que son en efecto, el hálito de sus grandes alturas; ó como brota por el cráter del volcán la encendida lava, como se desprende majestuoso rauda torrente de la empinada montaña, sale en caída torrencial el fuego fluido, de eléctricos resplandores, de magnético influjo, de la elocuencia humana, á cuyo contacto una cadena fortísima se funde; una iniquidad secular salta en pedazos; las entrañas, más duras que el hierro, de alguna raza indómita, se abren y se encorvan como templo en que se hace la adoración de una idea; las pasiones se amansan; el pensamiento viaja; los hombres se acercan los unos á los otros; y suena, al fin, una hora nueva, una hora más bella y más luminosa, en el cuadrante de oro de la civilización universal.

Ideas de Estética, Literatura y Elocuencia, p. 37.

El desnudo en arte

También es condición del fondo de las obras literarias la decencia, aunque haya mucho desacuerdo acerca de los límites de esta exigencia. En todo caso la decencia no debe confundirse con la gazmoñería. La desnudez no es indecente; ciertos velos y ciertos disimulos son mucho más indecentes y maliciosos que la desnudez verdadera. Visitaba un obispo, célebre por su piedad, el taller de un escultor, y la mujer que servía á éste de modelo se escondió detrás de una cortina; como notara el prelado, mientras conversaba con el artista, que había alguien detrás de la cortina,—«Quién está allí?»—hubo de preguntar. «Es la mujer que me sirve de modelo,»—contestó el escultor;—«y se ha ocultado porque está un poco desnuda.»—«Un poco nada más?»—dijo el obispo.—«Si he de ser franco»,—repli-

có el escultor, — «está desnuda del todo» — «Que salga entonces, que salga,» — dijo Monseñor Dupanloup¹; — «la desnudez completa es una especie de vestido». Contrasta este elevado y piadoso modo de comprender la naturaleza y el arte con el criterio de las gentes conocidas por su corrupción é inmoralidad, que en cierta época protestaban con ardor contra la desnudez de las figuras pintadas por Miguel Angel en la bóveda de la Capilla Sixtina.

La decencia que exige la dignidad del arte es la que consiste en la pureza de las intenciones y no en el disfraz de la naturaleza y mucho menos en su falsificación, porque el arte no ha de ser una especie de *Celestina*² exitando de j ropósito impulsos innobles y sentimientos morbosos; pero tampoco ha de ser una beata gazmoña y remilgada. Ciertó que á la pureza de los motivos del artista ha de añadirse á veces una suerte de discreción en elegir y en presentar su tema; pero el guía más seguro para ello, mucho más seguro que la moral, es el verdadero sentimiento del arte, que nunca se equivoca en esta materia.

Lo más curioso de las pretenciones exageradas de ciertos moralistas es que los libros de las sagradas Escrituras y de las Vidas de los Santos están llenos de pasajes de una abominable indecencia, y que no es posible siquiera explicar á un niño medianamente el decálogo sin enseñarle cuanto se pretende que ignore. El sistema moderno de enseñar á los niños de ambos sexos nociones de Anatomía, Fisiología é Higiene, produce mejor moralidad que el pretenso candor de la ignorancia antigua.

Dante hizo muy bien cuando puso en la relación de Francesca que Paolo³ la había besado en la boca. Un poeta vulgar hubiera dicho acaso en los labios, y hubiera recurrido, en cambio, á otros detalles, no por velados menos indecentes.

Ideas de Estética, Literatura y Elocuencia, p. 45.

1 Obispo de Orleans, Francia. (1802—1878).

2 Personificación de la alcahueta.

3 Léase este famoso pasaje en la DIVINA COMEDIA, Canción V. del *Infierno*.

In memoriam¹

Nuestro siglo tiene una fe; lo calumnian ó lo estudian mal los que lo desconocen: es la fe que celebra hoy su conmemoración solemne; la fe en la doctrina incomparable del manso predicador de Galilea: es aquella que habiendo atravesado todo el espacio de la Historia, desde los primeros vagidos de la sociedad rudimentaria hasta las cúspides y los alcázares del moderno progreso, no ha vertido otra sangre que la de sus sacerdotes y sus mártires, ni sufrido otra mancha que la del polvo de sus largas jornadas y el sudor de sus nobles fatigas; la causa en cuya pró se han evaporado tantas lágrimas, se han consolado tantos dolores, han llegado á sonreír tantas desventuras, han tenido abrigo y pan tantos desamparos; la que ha provisto de almohada á la fatiga, de panacea al enfermo, de báculo al peregrino, de sostén al vacilante, de patria al proscrito, de madre á los huérfanos; la causa en cuya pró se han desarmado los cadalsos, se han fundido las cadenas del esclavo, se han emancipado las servidumbres, se han echado en tierra los privilegios de las aristocracias, se han convertido en sentimientos fraternales los odios; se han puesto de rodillas las soberbias, se han apagado las iras; se han vertido en aguas de abundoso y cristalino raudal sobre la haz de la tierra las misericordias; aquella causa por el servicio, por el sacerdocio de la cual,—un hombre,—que se ha adorado desde entonces como verbo de lo divino,—atravesó la calle de la Amargura y subió al Calvario, y tuvo por premio, contemplar, en profética visión, uuido y amoroso en lo futuro el género humano, por más que para conseguirlo se encontrase en ese

¹ Conmemoración.

minuto de gloria y sacrificio, con el costado abierto y con la espina del martirio clavada en las sienes.

La compasión, el mito de la sublime piedad levantando al dolor en sus brazos, haciéndolo dormir sobre su seno, no ha sido, como muchos suponen, una invención, un hallazgo del cristianismo; en el centro de todas las religiones venidas del Asia, lo mismo en los templos colosales de la India, cuya techumbre sostiene la alzada trompa de enormes elefantes de piedra y parece mantener en lo alto la crispada garra de inmensos tigres y leones de granito, que en la China pensadora, en la Persia mística, en todas aquellas fantásticas mitologías, encuentra el moderno pensador que las estudia, alguna consagración solemne de la grandeza del dolor y de la majestad del infortunio; en las selvas de graciosas divinidades de la Grecia, en el pensil de poéticas fábulas que forman la religión de los Helenos, álzase el culto de la divina Piedad, como candorosa azucena de penetrante aroma; el severo judaísmo, al erguirse sobre la cumbre del Sinaí para recibir, bajadas de la sombra de lo infinito, las tablas de la Ley, encontró en ellas, escritas por el dedo de Dios vivo: *Amarás á tu prójimo con el ardor con que te amas á tí mismo*; la blanda y sensual enseñanza de Mahoma¹ prescribe á sus fieles compartir con la desventura nuestras lágrimas, cuando no tengamos otro tributo que ofrecerle; pero sólo en la palabra del manso predicador de Nazareth, sólo en su evangelio incomparable, encontramos el precepto sublime: *Amarás á tu enemigo, harás el bien de los que te persiguen y maldicen*. Esta enseñanza de oro, esta perla única en el joyel de las filosofías, este diamante rosa del pensamiento, brilla como la alborada de un nuevo día, como el amanecer de progreso antes ignoto, como faro que

¹ *Mahoma* (siglo 6 después de Cristo), fundador de la religión musulmana que profesan los árabes.

alumbra la entrada de la tierra prometida, y la verdad es que ya no puede decirse con fundamento, el más civilizado de los pueblos, aquel en que las abejas de oro del arte se reúnan en más numeroso enjambre, aquel en que la ciencia abra al entendimiento más dilatados horizontes; aquel en que la industria fecunde con más energía las actividades, aquel en que la libertad misma se siente á la sombra de más seguro paladión¹; ni mucho menos, por supuesto, aquel en que sean más sólidas las bayonetas y más certeros los cañones, sino aquel en que con mejor inspirada fraternidad se estrechen las manos de los hombres, y se deshaga, con más intenso empeño del mutuo amor la nube de lágrimas que enturbia, en medio de los esplendores del progreso, el cielo de la vida, aquel en que, menguadas nuestras soberbias, apagadas nuestras iras, debilitadas nuestras concupiscencias, nos pongamos con más ardiente impulso á la obra santa de corregir amorosamente al que yerra, de vestir al desnudo, de alimentar al hambriento, de enseñar al que no sabe, de dar amparo al que lo ha de menester, de erguir con cánticos ó sin cánticos, con ceremonias ó sin ceremonias, con incienso ó sin incienso, con esperanzas ó sin esperanzas de ultratumba, templo grandioso á la caridad sublime, que funde el consuelo con el dolor, la sombra con la luz, la muerte con la vida; á la caridad, admirablemente simbolizada por la mujer, virgen ó esposa, madre, ó sin más familia que la ajena; pero símbolo siempre del amor y la misericordia; por la mujer, cuyo cuerpo es una obra de arte, superior á todos los portentos de la naturaleza, y cuya alma es como una flor del cielo que se abre sobre la tierra, para combatir con su divino aroma todas las impurezas de la vida.

Dos civilizaciones admirables y cuasi perfectas a'umbraron el mundo antes de la aparición

¹ Salvaguardia.

del cristianismo: la una, la griega, con miriada de pensadores maravillosos que llevaron tan alto y tan á lo hondo la inteligencia humana por los senderos de la especulación racional, que ninguna obra verdaderamente nueva en esa región ha podido hacerse desde entonces; que tampoco ha sido superada en el arte; que en el ritmo del decir como en el vuelo del imaginar, en las cadencias de todos los movimientos de la vida, en las armonías gloriosas de las concepciones estéticas, en las delicadezas del gusto, en las esquisiteces del ingenio, guarda todavía sobre su tumba el cetro de la primacia. La otra, la de Roma, que celebró, como propia, la apoteosis de la fuerza, que llegó á tener en el hueco de su mano la esfera del mundo, que fatigó los ecos con los himnos de sus victorias, y vió á sus plantas cautivas las naciones, y encadenada á su carro de guerra la gloria y enronqueció á la fama. Y ambas á dos, esas civilizaciones, murieron de sensualidad y de egoismo: dentro de la griega cupieron el esclavo y el ilota, la sensualidad apuró en copa de oro el licor de sus enervantes embriagueces, y la mujer, no emancipada aun por el bautismo cristiano, la única iniciación religiosa que la igualó del toda con el varón,—esclava de sus placeres, teniendo por sola emancipación posible la del vicio, por única corona la corona de las cortesanas, educaba á las generaciones, por lo mismo, en la religión de los placeres materiales y dábales á beber, en los manantiales de sus pechos, la leche que había de degenerarlas y convertirlas en siervas de otro pueblo más fuerte. En cuanto á la romana, por sus armas, poderosa; por sus conquistas, rica; por sus artes en lo exterior del Derecho, admirable,—fué dura como el escudo con que esquivaba los golpes en la pelea, recia como su espada, sumióse en la pocilga de sus colmados apetitos, cantó en la lengua de oro de sus poetas los primores del festín,—*todo entero el tierno cervatillo que no ha comido la primera hierba*

y al que corre leche en vez de sangre por las venas,—apuró los vinos, por decirlo así, de todas las arterias de la tierra; miró con ceño al extranjero, puso á la mujer, tal es la frase de la ley, en la *mano* del marido; encadenó, vendió, repartió los trozos del cuerpo del deudor entre sus acreedores en caso de concurso; embreó y encendió á los cristianos, como antorchas vivas, en los jardines de Nerón, y á pesar de su poderío, á pesar de su riqueza, á pesar de su genio jurídico, á pesar de su sentido práctico, la contemplamos más tarde, atropellada por el caballo de los Bárbaros, abofeteada por Atila, repartido en trozos su cuerpo yacente en el fango de la derrota y á través de los crepusculares resplandores de su decadencia, vemos la sombra de la Cruz que empieza á extenderse victoriosa sobre todo el espacio del planeta.

La civilización de hoy es multiforme, de heterogéneos¹ elementos compuesta, imposible de apreciar en una mirada y de medir con el criterio de un dogma ó de una escuela: impía para éste, religiosa para el de más allá; soñadora para unos, positiva para otros; artística y enamorada de las formas si por cierto punto de vista se la considera; preocupada sólo del fondo, de la sustancia, si en otro concepto se la estudia; tiene muchos nombres, símbolos, distintivos que son propiamente suyos y entre los cuales no parece haber inteligencia y armonía. Es la época de la resurrección del Imperio Alemán y de la consolidación de la República Francesa; la época de la infabilidad de los Papas, del Espiritismo, del Materialismo y del Excepticismo generalizado; es el tiempo de los portentos de la Química y de los portentos de la Estética; es el ciclo de Pasteur² y de Víctor Hugo, de Garibaldi y de

¹ Distintos.

² Pasteur, sabio francés (1822-1895) y autor de la teoría de los microbios aplicada al origen de las enfermedades.—Bismark, estadista alemán del siglo pasado y organizador de la

Bismark, del dogma de la «Inmaculada Concepción» y de la apoteosis de Herbert Spencer; el tiempo de Wagner y de Edison; la hora del descubrimiento de la luz y de la peregrinación á Lourdes; Mecánica aquí; Retórica allá; un pueblo que se abre las venas porque no se resigna á ser esclavo, una nación que resucita la Edad Media porque quiere vencer en las batallas; sociedad de Cínicos, de Platónicos¹ de Fanáticos, de Mercaderes, de Poetas, de Obreros que yerguen la libertad iluminando el mundo, y de obreros que levantan el templo del «Sagrado Corazón;» de Italia una y de Polonia dividida, del *Dinero del Papa* y de la canonización académica de Darwin²; á través de ese laberinto, la mirada fija de los pensadores despreocupados descubre la ascensión persistente hacia la igualdad, la libertad, la fraternidad de los hombres; hacia el reinado de la verdadera justicia sobre el mundo: ó murió inútilmente, ó para eso murió Jesús en el Calvario.

El Heraldo, 25 de diciembre de 1896.

Aegri Somnia³

Estaba yo noches pasadas,—la última del año que espiró hace poco,—desvelado por mis achaques y mis desventuras, y hube de pedir á mi botella de láudano el alivio que el dios Morfeo se obstinaba en negarme; no fue ella más piadosa, y desconsolado y sin paciencia

unidad política del Imperio Alemán.—*Wagner*, poeta y compositor alemán (1813-1883). En sus obras *Lohengrin* y *Tristán é Isolda*, inició una belleza nueva en el drama musical.

¹ *Cínicos*, egoístas al extremo.—*Platónicos*, soñadores.

² *Darwin*, naturalista y filósofo inglés (1809-1882). Es el creador de la doctrina que explica la formación de las especies mediante cambios sucesivos que se operan en los individuos á causa del medio, del modo de vida y de la selección natural.

³ Sueños de enfermo.

me revolvió en el lecho, cuando tras súbito y espantable resplandor, irguióse en mi aposento figura que más de Arcángel del Averno que de los Cielos parecía. Y no que careciera de hermosura: singular era la suya; rostro como de Apolo; el tronco del cuerpo, brazos y manos, en mármol gris y por soberano artista se hubiera dicho que estaban esculpidos; de las piernas se sospechaba magnífico dibujo entre la niebla color y olor de rosa en que acababan por perderse, y de las alas, que en el espacio lo mantenían sin duda, sin que del todo se vieran, había vislumbres de plumas de cisne oscuro, ó, para hablar con más exactitud, de niebla que con indefinibles y maravillosos dibujos las remedara idealizándolas: era en la angustia profunda y contagiosa de sus ojos donde el Infierno se veía.

Quise moverme, quise hablar; pero ni pensamiento ni músculos correspondieron á mi intento.—«No te molestes»,—dijo entonces,—«figúrate que sueñas; inmovilidad y sopor buscabas hace rato: por qué no aceptas de buen grado los que te proporciono?» Después, tomando de una mesa junto á mi cama un número de *El Heraldo* que en ella había,—«Aunque imaginas lo contrario»,—añadió con un espectro de sonrisa, «no acabo de llegar y espacio ha habido para que lea cuanto escribiste aquí acerca del bendito Nazareno»; el gesto con que dijo *bendito* no puede describirse; la alusión se refería en mi concepto á mi trabajo *In memoriam*, de Navidad.—«Lo he leído»,—añadió,—«no te envanezcas, como tienes por costumbre,—lo he leído porque no había cosa peor que hacer mientras notabas mi presencia».

Con esfuerzo incomparable, venciendo la torpeza de mis nervios y como quien levanta una montaña con el pecho:—«Y bien»,—dije, entre acobardado y arrogante,—«no hablemos de sus méritos ni de sus defectos literarios: para eso bastan unos pobres zoilos¹ que han

¹ Críticos vulgares, presumidos y murmuradores.

aparecido por aquí; hablemos de su fondo». —«Fondo?» —esclamó con sardónica sonrisa— «el cristianismo ateo que está de moda en el liberalismo color de rosa?—Qué llamas fondo?—eso no es fondo, ni siquiera superficie. —Jesús es hijo del *otro*, exactamente como dice el Catecismo, y los misterios que la Iglesia predica, y que ustedes no aceptan, por idiotas más que por soberbios, las mayores verdades que en este planetilla se conocen.—«Sólo que...» —y volvió á reir con una risa que me helaba de espanto,—«sólo que hay algunos detalles de que no tienen noticia los humanos.—Con tu permiso»,—añadió, sentándose junto á mi cama y encendiendo uno de los cigarrillos que sobre la mesa cercana á ella abundaban— «magnífica invención esta de fumar el tabaco que solamente de ese modo perjudica, teniendo mil virtudes medicinales que no han llegado á sospechar ustedes todavía». —«Estábamos», dijo, tras momentánea pausa en que se ocupaba en absorber y lanzar caprichosamente por narices y boca el humo de su cigarrillo, «Estábamos en la fe de erratas de esa historia; pues sabrás, mi estimado compañero, que, digan cuanto quieran predicadores y poetas, no fuí vencido por Miguel: vencido yo...» —y aquí volvió la carcajada. —«Si te describiera esa lucha harías fortuna con un poema en prosa, bien superior á cuantos se conocen en la tierra. Es el caso,—agregó con voz opaca, y como procurando que sólo yo pudiera oirlo;—«Es el caso que lo tenemos prisionero. Cuando volvió el que andaba por acá, lo sorprendimos fácilmente, y en jaula como para locos, digna de ese don Quijote divino, también está para siempre asegurado.—Cómo? por qué recursos?: misterios son de que no llegarías á darte cuenta por mucho que los explicase; pero, por los efectos, bien hubieran ustedes podido calcularlo».

—«Pues qué?», —siguió diciendo,—«según la idea de lo que llaman ustedes bondad paternal y misericordia infinita, está gobernado el Uni-

verso? Nacen ustedes con podredumbres latentes¹ que en sus venas corren y todo su organismo inficionan, así en lo moral como en lo físico; nacen para tísicos ó para escrofulosos, como nacen para hipócritas ó para avarientos; la desgracia con que, por excepción, no nacieron, la toman de la nodriza del clima del país en que se meció su cuna, ó de mil accidentes que la existencia rodean y que á cada paso en ella ponen influjo y dirección. Naciste hijo de rey? Qué ventura gratuita! Naciste hijo de presidario? Qué inmerecida desesperación! Y la belleza física, que tanto importa? Y el talento, que de tanto vale? Y lo que llaman ustedes virtud, que no es más que discreción y temperamento, qué otra cosa son, además, sino accidentes de la suerte...?

«Y luego, habrá entre ustedes alguien que sea dichoso? Embriagueces pasajeras, triunfos furtivos, venturas de una hora, no niego que contiene la humana existencia, pero, dicha...? Quien no padece del cuerpo, padece de deseo, cuando no de tedio. Sufre éste por necesidad de dinero, por males de salud el otro, quién por amores malogrados, por ambiciones ó codicia que no se satisfacen, por injusticias de la suerte ó de los hombres; y no por cierto los que ustedes llaman malos, que los que llaman buenos suelen caer en abismos de desgracia. De Fulano se dice que por vicioso ó por inconstante atrajo su desgracia; pero, y Zutano, que fue dechado de virtudes y que murió de oscura y angustiosa muerte y en lo mejor de su carrera...? La casualidad hace los imperios y los hunde, como hace y deshace las familias y los individuos...»

«El *otro* comprendió al cabo la justicia de mis críticas cuando envió al mundo su Ministro Plenipotenciario; la pugna entre nosotros vino después, por no ser conocida en el cielo esa admirable institución de ustedes que se

1 Ocultas, escondidas.

llama la libertad de imprenta», —y la carcajada que aquí dejó escapar, fue como trueno sordo y prolongado.

«Por lo demás», —añadió tras leve pausa, — «en lo único en que mienten los devotos es en suponer que procuro intervenir de continuo en los sucesos de la tierra; tentaciones más llaman á la voz de su sangre, á las palpitaciones de sus nervios, á las enfermedades incurables de su naturaleza. No hago otra cosa que impedir nuevas embajadas, pues en cuanto á la primera, ya sabes sus resultas:—que ni siquiera comienza á alborear el cristianismo. La situación en lo infinito es exactamente la misma que en Europa: la neutralidad armada.

«Dejaré al ciego azar que siga gobernando la familia humana, y cuando mi tesis esté perfectamente demostrada»... aquí se perdieron para mí sus palabras en el sopor profundo que sucedió, por dicha, á la espantable visión de mi vigilia...

La Revista Nueva, N^o 6. del 1^o de febrero de 1897.

*

Más ciencia hay en el Evangelio de Juan ó de Marcos—pongamos por caso—que en todas las codificaciones y reglamentaciones con que los hombres han estado siglos robándose y engañándose mutuamente. Por eso dijo Jesús, con genialidad verdaderamente sublime: «Yo he vencido al mundo».

Estudios Jurídicos, p. 126.

Editor: — J. GARCÍA MONJE